

clark carrados

LA ENCRUCIJADA

LA ENCRUCIJADA

CLARK CARRADOS

LA ENCRUCIJADA

EDICIONES TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B -9.969 — 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

I

El viento emitió un hondo gemido. Una racha de aire sacudió el árbol reseco y una rama muerta se desprendió con seco chasquido y cayó al suelo.

El árbol muerto estaba en la cima de la colina. Al pie de la misma y aun en la falda, se veían las ruinas de la ciudad muerta.

Tiempo atrás, el suelo había estado completamente pelado. Ahora, recobrando su vigor, proporcionaba energía y alimento a las plantas que empezaban a brotar de nuevo.

Una enredadera iniciaba su avance por la base del tronco del árbol muerto. Antes de que finalizase el verano lo habría cubierto y el árbol ofrecería así una falsa impresión de vida.

Las nubes rodaban perezosamente por el cielo azul. A lo lejos, una cadena de montañas de aguzados picos, aserraba el horizonte con los blancos copetes de sus cimas, en las que aún persistían las nieves invernales.

La ciudad estaba casi desierta. Los matojos cubrían sus calles, pavimentadas antes, y las hierbas crecían libremente por todas partes, incluso en el interior de las casas que aún se mantenían en pie y en cuyos pisos altos, abiertas las ventanas por la fuerza de las explosiones, se había ido depositando la tierra arrastrada por los vientos de años y años de abandono y desolación.

Sólo había un hombre en la ciudad. Y ese hombre no era su habitante, sino que llegaba a ella tras larga peregrinación.

En medio de las ruinas de una gran avenida, de pavimento ahora agrietado y cubierto de plantas silvestres de todas clases, Marco Vyder se detuvo un momento y cargó el peso de su cuerpo, con las dos manos, sobre el cayado que le servía de tercer punto de apoyo en sus caminatas a pie.

El pelo negro de Vyder clareaba ya por las sienes. Sus facciones parecían cansadas y en las comisuras de sus ojos se veían los ángulos convergentes de unas arrugas de hastío y fatiga. Sus ojos azules, sin embargo, mostraban aún la misma aguda penetración de otros tiempos, aunque la curvatura hacia abajo de sus labios indicaba una amargura sin límites.

Al cabo de unos momentos, Vyder reanudó su marcha. Cojeaba ligeramente. A la espalda llevaba una mochila con provisiones.

Desconocía las condiciones de aquel sector del planeta en lo referente a la alimentación.

Porque Marco Vyder era el único habitante humano de aquel planeta. Sólo él y los animales silvestres vivían en un mundo que antaño había estado poblado por centenares de millones de personas.

Poco a poco, Vyder fue remontando la ladera, hasta que llegó a la cumbre de la colina. Una leve expresión de sorpresa apareció en su rostro al ver el tronco del árbol muerto, cuyas ramas desnudas se estiraban hacia el cielo, en patético clamor de silencio por una vida que ya no podía volver.

Lentamente, se despojó dé la mochila. Dejó el cayado y se sentó en el suelo, al pie del árbol.

Apoyó la espalda en el tronco y cerró los ojos. Un chorro de brisa le dio en su rostro.

¿Cuántos años habían transcurrido desde que estuvo en aquel mismo lugar?

No eran muchos, menos de diez... pero le parecía que había transcurrido un siglo.

Entonces, la ciudad era un emporio de riqueza y la colina estaba cubierta de vegetación. No obstante, la parte más alta de ella quedaba reservada y los ciudadanos comunes no podían llegar hasta la cima.

Allí, en aquel mismo lugar y al pie del árbol ahora muerto, había sido cuando la vio a ella por primera vez.

Allí, al pie del árbol muerto, había dado comienzo el fin de la vida en el planeta. Allí, en aquel mismo lugar, ella había empezado a morir.

Suspiró profundamente. Marco Vyder estaba solo en el planeta, pero, aun cuando el planeta hubiese estado habitado y en él vivieran las más hermosas mujeres, a ella jamás podría olvidarla.

* * *

El zumbador del tubo de correo sonó un par de veces, rápidas y cortas. Marco Vyder volvió los ojos y vio que un tubo de dos centímetros de grueso por diez de largo brotaba de la abertura y caía en el depósito situado junto a la misma, en la parte inferior.

La cabeza de una hermosa mujer de pelo castaño se apoyaba en su hombro. Marco quitó el brazo cuidadosamente y colocó en su

lugar un almohadón. Ella continuó durmiendo apaciblemente.

Marco se puso en pie y caminó hacia el receptor del correo. Cogió el tubo, presionó un botón y la tapa saltó con leve chasquido.

Un papel asomó automáticamente. Marco lo sacó y lo desplegó, leyendo su contenido.

Era muy breve; sólo contenía unas palabras.

EN EJECUCION PLAN 5-A-03. URGENTE. Acc. 1.a

Las letras desaparecieron un minuto después. Acto seguido, el papel empezó a convertirse en cenizas. Antes de que se hubiese consumido por sí solo, Vyder acercó el papel al renovador de aire.

Treinta segundos más tarde, las cenizas, convertidas en polvo infinitesimal, eran aspiradas por el tubo. Cuando saliesen a la atmósfera, se habrían confundido con ésta por completo.

Marco conocía cuál era el plan 5-A-03. También sabía el significado de la clave «Acc. 1.a». Actuar en el acto, quería decir.

Corrió al baño y se dio una rápida ducha. Luego, con hábiles y veloces movimientos, empezó a vestirse.

Al terminar, se puso un ancho cinturón, en el que estaban sujetos algunos objetos que sabía podía necesitar en un momento dado. La joven del pelo castaño continuaba durmiendo.

Marco fue hacia ella y le besó los labios suavemente. Ella sonrió en sueños y murmuró unas palabras ininteligibles. Marco le subió el embozo hasta la barbilla y luego corrió hacia el cuarto inmediato.

Lo atravesó. Cuando llegaba a la puerta, oyó un tenue zumbido.

Estiró la mano, presionó el interruptor de apertura y se apartó a un lado.

La puerta empezó a girar. Alguien la empujó desde afuera con violencia.

Un hombre saltó al interior del apartamiento. Iba armado con lo que parecía un rifle de cañón tan grueso como absurdo. El sujeto entró disparando a todas partes. Lanzas de luz cegadora brotaban del cañón del arma, abrasando cuanto hallaban a su paso.

Marco estiró el brazo derecho. Un dardo salió disparado con inenarrable violencia, atravesó la sien del asesino y se hundió en su cráneo. El hombre se desplomó en el acto, sin saber qué le había pasado.

La estancia apestaba a quemado. En el dormitorio, la chica empezó a gritar. Marco se asomó, vio que el corredor estaba

desierto y salió a la carrera.

—Pronto han empezado a actuar contra mí — gruñó, mientras colocaba otro proyectil en el lanzadardos que llevaba sujeto al antebrazo derecho.

Entró en el ascensor. Era un tubo de poco más de sesenta centímetros de grueso. Había muchos en el edificio y funcionaban por gravedad, suprimiéndola o acentuándola, según se quisiera subir o bajar.

No necesitaba apretar ningún botón. Sólo dijo:

—A la azotea.

Y el ascensor se puso en movimiento.

Diez segundos después, la plataforma le expulsó al exterior. Marco corrió hacia la burbuja traslatoria que tenía guardada en el lugar correspondiente.

Abrió un armario y sacó de él una especie de cajón paralepipédico de unos cuarenta centímetros de largo, por treinta de ancho y unos veinte de grueso. Presionó un botón y una especie de tela transparente empezó a brotar en el acto del cajón, formando como un globo de diámetro algo inferior a los dos metros.

La esfera parecía herméticamente cerrada y, en realidad, lo estaba. Pero su composición molecular permitía el paso de los cuerpos a su través, en determinadas condiciones. La caja oscura quedaba hacia la parte inferior, aunque no del todo.

Marco entró en la esfera. La tapa de la caja quedaba en el interior. Estiró la mano y sacó un objeto parecido a un lápiz, unido a la caja por un delgado cable.

—Arriba, adelante, a la derecha —ordenó.

La esfera se levantó del suelo y se movió unos metros en dirección al borde de la azotea. De pronto, Marco dijo:

—Sigue. Paso.

Se lanzó a través de la tela transparente, justo en el momento en que la caja atravesaba el antepecho de la terraza. Medio segundo después, la burbuja parecía estallar y la caja se precipitaba en el vacío.

Marco se puso en pie, meneando la cabeza.

—Demasiados espías — gruñó.

Asomó el cuerpo fuera del parapeto. La caja se había perdido de vista ya. El suelo se hallaba a quinientos metros de distancia.

—No tendré otro remedio que robar una burbuja — masculló.

Minutos más tarde, se hallaba en el interior de una esfera transparente, volando en la dirección señalada anteriormente. La esfera era flexible y permitía que su ocupante adoptase la posición más cómoda. El material de que estaba construida podía tomar las formas más diversas: tanto se podía ir sentado, como reclinado o bien acostado.

Marco tenía en la mano el micrófono de órdenes.

El cielo estaba lleno de burbujas que iban y venían por todas partes. Un diminuto pero efectivo mecanismo impedía las colisiones, desviando las esferas momentáneamente y volviéndolas luego a su ruta primitiva, todo ello de modo automático y sin intervención de su ocupante.

Veinte minutos después, aterrizó en una terraza situada a setecientos metros del suelo. Un hombre le esperaba allí.

—¿Capitán Vyder?

—Yo mismo.

—Venga —dijo el hombre, en cuyas ropas pudo ver Marco los distintivos de comandante del S.I.E.G. (Servicio de Información Extragaláctico).

Se metieron en un ascensor de doble capacidad. Treinta segundos más tarde, entraban en un gran despacho, amueblado con sencillo lujo.

Un hombre le miró desde detrás de la gran mesa. Marco le conocía muy bien.

Era el general Koratsov, jefe del S.I.E.G. Tenía unos cincuenta años y Marco sabía que no había llegado a aquel puesto por casualidad.

—Celebro verle, capitán Vyder —expresó Koratsov—. ¿Conocía usted a mi nuevo ayudante? Le presento al comandante M'Dunn.

—Encantado, comandante —saludó el joven.

M'Dunn sonrió levemente.

—He oído hablar mucho de usted y de sus hazañas, capitán —dijo.

—La gente propende a exagerar, señor — contestó Marco sonriendo.

—En su caso, los comentarios son justos... pero no ha venido aquí para recibir elogios.

—Se le va a encomendar una misión, Vyder — dijo Koratsov—. Es tan... peligrosa, que puede que no volvamos a verle más, pero alguien tiene que hacerlo.

—Sí, señor. ¿De qué se trata? —Marco pensó, un tanto aburridamente, que ya había oído aquella misma frase lo menos media docena de veces antes. Siempre misiones en las que se le prometía «no volver jamás», pero ahí estaba, con el pellejo tan duro como el caparazón de una tortuga centenaria.

—Espere un momento — dijo Koratsov.

Alargó la mano y tomó un delgado micrófono.

—Línea Cero Uno — pidió.

Una pantalla de televisión se iluminó a poco sobre la mesa. El rostro de una hermosa joven apareció ante los ojos de Marco.

—¿General? —dijo ella.

—Tengo ya al hombre que necesitan —expresó Koratsov.

—Muy bien. Envíelo.

—De acuerdo.

Koratsov cortó la comunicación. Se volvió hacia el joven.

—Vaya a la colina de la Acrópolis. Esa dama le está esperando allí — ordenó.

—¿Eso es todo, señor?

—Allí le darán instrucciones. Obedézcalas ciegamente.

Vyder estaba acostumbrado a las órdenes más disparatadas, pero aquello sobrepasaba ampliamente a cuanto hubiese podido imaginar. No obstante, disciplinado, contestó:

—Sí, señor.

II

Ella le estaba esperando en el frondoso jardín de la colina, que Marco sabía estaba siempre estrechamente vigilado. No obstante, en esta ocasión, los guardias, indudablemente advertidos, dejaron volar su burbuja sin obstáculo alguno.

La vio desde el aire y perdió altura. Instantes después, pasaba a través del tejido transparente.

—¿Capitán Vyder? —saludó ella.

—El mismo, señorita...

—Belshaz, Elvira Belshaz.

Era alta y delgada, de formas suaves pero sólidas, pelo muy rubio, casi pajizo, y ojos glaucos. La ligera prominencia de sus pómulos le confería un aire exótico que aumentaba más su atractivo. Vestía una especie de túnica corta, sin mangas, que le llegaba poco más abajo de las caderas, sujeta en torno a su esbelto talle por un delgado cinturón de lo que parecía ser tejido de oro.

—Encantado, señorita Belshaz.

—Gracias. Sígame, por favor.

Elvira giró sobre sus talones y caminó a lo largo de los senderos abiertos entre la espesa vegetación. Momentos después, llegaban a la cima.

Había un hombre sentado a la sombra de un espeso roble en una cómoda butaca. A corta distancia, varios guardias armados con unos rifles de enorme tamaño, vueltos de espaldas al hombre, vigilaban constantemente los espacios contiguos y también la atmósfera.

Vyder reconoció al hombre en el acto, aunque disimuló su asombro.

Era el Presidente Fareni, jefe del gobierno de Subsistema.

—Señor —saludó inclinándose.

Fareni le escrutó durante un minuto largo. Elvira Belshaz quedaba en pie, a su lado.

El Presidente contaba setenta años, pero su aspecto era el de un hombre con veinticinco menos. Sin embargo, las preocupaciones de la política habían impreso en su rostro huellas indudables de cansancio.

—El general Kuratsov me ha recomendado a usted como el hombre adecuado para esta misión — dijo Fareni al cabo—. Pero,

siéntese, por favor, capitán.

Marco creyó que Fareni bromeaba. El Presidente estaba sentado sobre una hamaca plegable. Elvira lo hizo sobre la hierba y Marco, sonriendo interiormente, acabó por imitar a la joven.

—Capitán —preguntó Fareni de pronto—, ¿qué ha oído usted en los últimos tiempos acerca del Gran Sistema de Brithar?

—Mucho y nada bueno, señor —contestó el joven.

—Lo suponía. — Fareni sonrió ligeramente —. Hace siglos que en este Subsistema de Tierra Dos no se habla bien de Brithar. Tenemos demasiadas razones para ello. Una es... ¿Ha oído hablar del Espolón de Kasser?

—Demasiado, señor Presidente —respondió.

Los ojos del Presidente parecieron perderse un momento en la lejanía.

—Hace cuatrocientos setenta años, el débil gobierno del Subsistema, enzarzado en luchas políticas internas, permitió que los britharianos se apoderasen del Espolón. Eran siete puestos comerciales, situados en una ruta galáctica sumamente concurrida, lo cual les confería las ventajas de índole económica que usted puede suponerse fácilmente.

»Pero aquel débil gobierno, que no sabía cómo parar los golpes que le dirigían sus adversarios políticos, tuvo la malhadada ocurrencia de llamar en su auxilio a la escasa guarnición que defendía el Espolón. Creyó que trayéndoles a la zona central desde aquel remoto saliente del Subsistema, garantizaría su supervivencia, pero no fue así.

»Los soldados de la guarnición del Espolón se sublevaron contra el gobierno, cuando éste, después de sofocada la rebelión, quiso enviarles de nuevo a sus cuarteles. Ello provocó durante un cuarto de siglo una tremenda inestabilidad en el Subsistema.

«Había dos bandos en lucha. Brithar apoyó a uno de ellos. Los dirigentes de ese bando le concedieron una estación de tránsito en el Espolón. Fue la estupidez más grande que político alguno haya podido cometer jamás.

»A poco, Brithar consideró necesario proteger a sus comerciantes. Envió una guarnición. Cinco años después, los siete puestos eran suyos...

—Conozco la historia, señor —dijo Marco.

—Sí. Se firmó un tratado provisional, porque, en aquellos momentos, el gobierno que Brithar apoyaba y regía los destinos del Subsistema. Después fue derrocado y se entró en una era de estabilidad. Brithar, sin embargo, nunca quiso reconocer al nuevo gobierno. Habría tenido que abandonar el Espolón, ¿comprende?

»De cuando en cuando, intentaba entablar negociaciones con nosotros. La primera condición que imponíamos era el abandono del Espolón. Brithar se negó siempre, rotundamente... y ahí sigue todavía, después de cuatrocientos setenta años, dominando los siete puestos usurpados entonces en nombre de un gobierno de traidores.

»Las heridas cicatrizan al cabo del tiempo o, por lo menos, dejan de doler. Eso nos pasó con el Espolón; fue una herida cicatrizada a medias y que ya no dolía tanto. Pero, cuando tomé posesión de la Presidencia, dije públicamente, que era preciso resolver el problema del Espolón de Kasser. Hablé de negociaciones. Brithar lo tomó, por propia conveniencia, en otro sentido. Declaró, ante la Asamblea General del Hipersistema, que Tierra Dos se proponía resolver el problema del Espolón por la fuerza y, en consecuencia, se considera en libertad de tomar las medidas adoptadas para la mejor protección de sus intereses.

»Oh, los britharianos han sido siempre muy hábiles en presentar las cosas de modo que todo el mundo crea son los únicos poseedores de la verdad. Han provocado guerras galácticas, pero siempre han aparecido como los agredidos y no los agresores. En cuanto surge un gobierno medianamente fuerte en varios millares de años luz a la redonda, ya lo califican de tiránico, dictatorial e inhumano. No pueden soportar que nadie sea, aun con las mejores intenciones del mundo, fuerte y poderoso.

»La posesión del Espolón les garantizaba la vigilancia de una de las espaciorrutas más concurridas. Ninguna astronave puede pasar a mil quinientos años luz del Espolón si ellos no quieren. Cualquier aparato habrá de dar un enorme rodeo, si no quiere su capitán someterse a la humillación de ser registrado por las patrulleras britharianas.

»En cambio, los comerciantes britharianos, apoyados en la fuerza de sus naves de guerra, viajan por todas partes. Si alguien trata de imponerles la menor resistencia, Brithar protesta inmediatamente... ¡y pobre del que no atienda su protesta!

—Lo sé perfectamente, señor — dijo Marco —. Sin embargo, nadie se ha atrevido hasta ahora a terminar con tal estado de cosas.

—Sería necesario emprender una guerra hiper-galáctica, con las desastrosas consecuencias que son de prever. Decenas de planetas arderían y la destrucción de Brithar no compensaría las vidas que se perderían.

»Es preciso, pues —siguió Fareni—, acabar con el poderío de Brithar por otros medios. Ya dije antes que he sido acusado de intenciones agresivas. Injustamente, por supuesto; sólo quiero que el Espolón vuelva al Subsistema.

»La Asamblea del Hipersistema está dominada por Brithar. Cuando los delegados de este Gran Sistema manifestaron sus intenciones, la Asamblea las aprobó casi por unanimidad. Hubo, naturalmente, varios votos en contra. Los valientes que osaron exponer de tal modo sus convicciones ya no viven. Asesinos a sueldo de Brithar les dieron muerte.

»De modo que, a menos que lo remediemos, Brithar creará en torno al Espolón un «hinterland» de trescientos cincuenta años luz. Veintitrés florecientes planetas caerán bajo la zarpa de Brithar, so pretexto de redimirlos de una atrasada tiranía, que fue la excusa que empleó durante la Asamblea.

»Los habitantes de esos veintitrés planetas no quieren pasar bajo el dominio de Brithar. Será inútil; las recomendaciones de la Asamblea deben cumplirse, pero Brithar no ha dado aún ningún paso para poner en práctica sus planes; no son tontos y se dan cuenta de su impopularidad.

»Lo único que hacen es esperar una ocasión más adecuada para logro de sus fines. Provocarán motines y levantamientos, dirigidos por agitadores a sueldo, lo cual confirmará a la opinión pública la verdad de sus alegatos sobre la tiranía... y entonces actuarán.

—Yo creo que han actuado ya —dijo Marco con una ligera sonrisa, recordando los dos intentos de asesinato de que había sido objeto poco antes.

Fareni elevó las cejas.

—Expliqúese, capitán —pidió.

Marco relató lo ocurrido. Fareni se mostró preocupado al acabar el joven su relato.

—No hay duda —murmuró—, tienen agentes por todas partes. Y

eso es lo que me hizo citarle a usted aquí, donde nadie puede escucharnos.

Los ojos del Presidente se inflamaron de pronto.

—Capitán Vyder, Brithar es muy fuerte pero, al mismo tiempo, tiene algo que lo hace infinitamente débil. Han confiado tanto tiempo en… eso, que no pueden tomar decisiones de importancia sin…

»Lo diré sin rodeos, capitán. Brithar está gobernado por un poderoso cerebro electrónico. Ciertamente, las máquinas no suplen al hombre; esto es algo fuera de duda, pero constituyen un valioso auxiliar para sus trabajos.

»Ahora bien, en el caso de Brithar, sus dirigentes, después de elaborar el plan para ampliar el espacio en torno al Espolón, consultaron con el cerebro las posibles implicaciones políticas que podría acarrear su decisión. Dados los datos que se le facilitaron, tanto con la situación de nuestro Subsistema como con la de Brithar, la respuesta resultó netamente favorable.

»Pero el cerebro no sólo sirve para lo referido, sino que, en realidad, es un fabuloso almacén de datos de todo género, sin el cual, la vida en Brithar sufriría un tremendo retroceso. Se producirían perturbaciones de todo género, hasta el punto de que el gobierno de Brithar tendría que abandonar sus veleidades expansivas, para concentrarse en el mantenimiento del orden interno. Es duro tener que hablar así, pero con un desalmado, al que nada ya convence, uno tiene que ser desalmado también. Y, por otra parte, es el plan que menos víctimas puede causar, muy pocas o ninguna, posiblemente.

Fareni movió una mano. Elvira Belshaz abandonó su inmovilidad.

La joven sacó del interior de su blusa un objeto de forma oblonga, de unos quince centímetros de largo, por diez de ancho y dos de grueso. Era de color negro y no tenía salientes ni irregularidades que alterasen la lisura de sus superficies.

—Su misión, capitán —dijo el Presidente— consistirá en llegar hasta el cerebro electrónico de Brithar y colocar esta caja a menos de veinte metros de distancia del sitio donde se formulan las consultas. Es una máquina que ocupa una extensión increíble, por lo que no será fácil llegar al lugar adecuado.

»Ignoro dónde está y dudo siquiera que haya muchos britharianos que lo conozcan. Es lo mismo. Usted irá a Brithar, buscará la máquina y dejará esta cajita, repito, a menos de veinte metros del lugar donde los técnicos formulan sus consultas. Entonces, cuando lo haya conseguido, me enviará un mensaje. El resto queda de cuenta mía y de mi gobierno. ¿Ha comprendido, capitán?

Elvira le entregó la caja. Marco advirtió que pesaba menos de lo que aparentaba.

—He comprendido, señor — respondió el joven —. ¿Es eso cuanto debo hacer?

—Nada más. Una vez lo haya logrado, usted enviará un mensaje a la persona que mi secretaria personal le indicará, redactado en unos términos aparentemente inocuos. A la recepción del mensaje, yo sabré que ha finalizado su misión satisfactoriamente y entonces podremos actuar, no sólo para detener las ansias expansionistas de Brithar, sino para obligarles abandonar el Espolón de Kasser.

—Muy bien, señor —dijo Marco—. Iré a Brithar, buscaré la máquina y colocaré la caja en el sitio adecuado.

—Eso es todo —dijo Fareni. Marco observó que parecía muy cansado—. No siento deseos de provocar una guerra galáctica ni mucho menos de que nuestro Subsistema se expansione por medio de la fuerza, pero ha llegado el momento de, diciéndolo con palabras vulgares, parar los pies a Brithar. De lo contrario, Tierra Dos se convertiría en un Subsistema tributario suyo, en una especie de infraprovincia, cuyos habitantes no tendrían otro derecho que el de obedecer la ley brithariana.

—No será así, mientras pueda evitarlo — prometió Marco.

—Durante siglos, en nombre de una pretendida libertad, que sólo era efectiva para ellos, Brithar ha pisoteado las leyes y los derechos más elementales, basándose en su fuerza. Es hora ya de acabar con esa injusta hegemonía, capitán; y usted es el encargado de conseguirlo... O de enviar a miles de millones a la más humillante esclavitud.

Marco se puso en pie. La entrevista había terminado.

—¿Desea algo más de mí, señor? —preguntó.

—La señorita Belshaz le facilitará cuanto necesite — respondió Fareni—. Adiós, hijo, y... recuerde, la suerte de Tierra Dos depende

de usted.

—Lo tendré en cuenta, señor Presidente.

Marco hizo una profunda inclinación de cabeza.

Luego giró sobre sus talones y se alejó.

Antes de que hubiese llegado a la valla que impedía el paso a aquel sector de la colina, Elvira Belshaz se le aproximó.

—Se iba usted sin pedirme nada, capitán —dijo, en tono de reproche.

Marco la miró y sonrió.

—Tengo ya cuanto necesito, señorita Belshaz — respondió enigmáticamente.

III

Tras largas reflexiones, Marco había decidido ya la forma en que pensaba desplazarse a Brithar. Era un viaje de más de tres mil años luz y aunque había astronaves que lo hacían directamente, pensó que no le convenía tomar un aparato de línea.

El tiempo no importaba, hasta cierto punto. Los britharianos solían ser pacientes y aún habrían de pasar meses antes de que formulasen su reclamación sobre la zona que circundaba al Espolón de Kasser. Y después de la reclamación, aún pasaría otro tanto antes de que ocupasen los veintitrés planetas que debían caer bajo su férula.

No había prisa..., pero no podía descuidarse tampoco.

Durante algunos días, estuvo haciendo los preparativos del viaje. Por fin encontró pasaje en un carguero de ruta irregular, un «tramp» del espacio, una de cuyas últimas etapas era el Puesto Número Cinco del Espolón.

El pasaje no lo adquirió por medios ordinarios. Marco se hizo amigo de uno de los tripulantes y dos días antes de que el aparato zarpase, lo emborrachó a conciencia. Con uno de los últimos tragos, le propinó una droga amnésica, cuyos efectos sabía durarían al hombre varios meses.

Esto era conveniente para él; así, el individuo no podría delatarle.

La juerga tuvo lugar en una de las tabernas de peor fama de la ciudad. Marco y su amigo bebieron hasta el límite de sus fuerzas, al menos en apariencia en lo que se refería al tripulante.

El nombre del individuo era Tab Dyan. Cuando Marco vio que estaba inconsciente, le registró rápidamente y se apoderó de su documentación.

Habían tomado las últimas botellas de vino en un reservado. Antes de salir, Marco asomó la cabeza con precaución.

Una mujer se le acercó de pronto.

—¿Me invitas a una copa? —preguntó con voz aguardentosa.

Difícilmente podía sostenerse en pie. Marco sonrió.

—Entra — dijo.

Ella cruzó el umbral. Marco llenó un vaso y se lo ofreció.

La mujer bebió. Marco preparó sus brazos. Ella se derrumbó

apenas había terminado de beber.

Marco la dejó junto a Dyan. Luego abandonó el cuarto. La taberna estaba concurridísima y nadie se fijó en él.

Pero era hombre de gran veteranía. De repente, notó la desagradable impresión de que estaba siendo observado.

Miró con disimulo en tomo suyo. No encontró a nadie que le pareciese sospechoso. A pesar de todo, la sensación persistía.

Lo mejor era, se dijo, marcharse de allí cuanto antes. Llegó a la puerta y salió a la calle.

Caminó con paso rápido. La taberna estaba en la parte más baja de la ciudad y las calles allí no tenían muy buena iluminación. De pronto, Marco captó ruido de pasos a sus espaldas.

En el Servicio se les proporcionaba un entrenamiento que les convertía en poco menos que superhombres. Pero Marco conocía harto bien sus posibilidades y sabía que, a veces, el agente mejor entrenado no podía nada contra un palmo de buen acero entre las costillas.

Se replegó a un portal. Estaba cerrado, comprobó amargamente. Sus asesinos, porque no cabía la menor duda de que iban a matarle, se le acercaban ya con grandísima rapidez.

Uno de ellos era portador de un rifle de desudado tamaño. A los otros no se les veían armas a mano.

—¡ Se ha escondido! — dijo uno.

—¡Buscadlo! —ordenó el que parecía ser el jefe.

En aquel momento, una silueta apareció ante el trío.

—¡ Eh! — dijo una voz femenina.

Los tres hombres se volvieron al mismo tiempo. Ella tenía en la mano lo que parecía ser una pistola de pequeño tamaño.

Disparó tres veces. No se produjo el menor ruido, pero el arma despidió tres brillantes fogonazos.

Los rufianes se desplomaron en el acto, sin emitir un solo gemido. La mujer dijo:

—Salga, capitán.

Marco abandonó su precario refugio. La luz de un farol cercano cayó de pronto sobre el rostro de la mujer.

—¡ Usted! — exclamó Marco, atónito.

Los cabellos de Elvira pendían sueltos sobre sus hombros y brillaban como hilos metálicos. Ella no parecía haberse alterado por

el suceso.

—En efecto — contestó.

—Ha estado siguiéndome, ¿no es así?

Elvira señaló los cuerpos tendidos en tierra.

—Eso se lo demuestra, capitán —respondió.

—Parece que Brithar tiene el brazo demasiado largo; —Marco se inclinó y recogió el rifle—. Nunca había visto un arma semejante. ¿Qué clase de proyectiles dispara?

—Seres humanos, capitán — contestó ella.

Marco respingó.

—¿Cómo?

—Es un rifle traslatorio —declaró Elvira—. Permítame.

Había guardado la pistolita y cogió el rifle de manos de Marco, cuyo asombro no se había disipado por completo. Elvira examinó el arma un momento y luego movió la cabeza.

—Me lo suponía —dijo al cabo—. De haberle visto a tiempo, ahora estaría usted en viaje hacia Brithar.

El joven se sobresaltó.

—¿Qué está diciendo? —preguntó.

—Lo siento —respondió ella—. No puedo entretenerme dándole más explicaciones.

De pronto, le arrojó el rifle. Marco lo atrapó al aire, mientras ella, tras retroceder un par de pasos, se dirigía hacia una caja situada en el suelo, en el borde de la acera.

La burbuja surgió apenas ella hubo puesto en marcha el mecanismo correspondiente. Luego, Elvira, con gran pasmo por parte de Marco, se introdujo en la burbuja y partió hacia lo alto, perdiéndose en la oscuridad del cielo en contados segundos.

Marco bajó la vista. Sus tres frustrados atacantes continuaban tendidos por tierra.

Se dio cuenta de que sólo habían perdido el conocimiento, a consecuencia de las descargas de la pistola de Elvira. El rifle seguía pesándole en las manos.

—Un rifle traslatorio… —murmuró—. Y con él tenían que haberme enviado a Brithar…

Detrás del cañón y antes de la culata, en la parte superior, el rifle tenía como una pequeña pantalla de televisión, en la que, con amarillos resplandores, se veían unas letras y unas cifras. Marco

supuso que debían de ser las coordenadas estelares de Brithar.

—Bueno, vamos a ver si es cierto lo que dice esa chica tan linda.

Bajó el rifle y apuntó con él a uno de los caídos. Luego presionó un botón que parecía ser el disparador del arma.

Durante unos segundos, no pareció que fuera a ocurrir nada, Luego, el cuerpo del hombre empezó a hacerse transparente. El suelo se veía cada vez más claramente a su través, hasta que el cuerpo desapareció por completo.

—Esto parece ser cosa de magia —murmuró—. ¿De veras es un arma capaz de enviar a una persona a través del espacio?

Habían estado a punto de hacer lo mismo con él. Sin el menor escrúpulo, apretó el gatillo otras dos veces más.

Segundos más tarde, Marco había quedado solo en aquel lugar. Contempló el arma con infinito asombro.

—Me descubro ante el inventor —murmuró.

Y luego se echó a reír.

—¿Qué dirán los britharianos cuando «reciban» allí a esos tres rufianes?

Pero no era cosa de broma; parecía indudable que los servicios secretos de Brithar estaban enterados de su misión y dispuestos a impedirla a cualquier precio.

* * *

Marco Vyder terminaba de preparar su equipaje. A la noche emprendía el viaje.

Sonó el timbre de la puerta. Marco abrió.

El comandante M’Dunn apareció bajo el dintel de la puerta. Marco sonrió, a la vez que se echaba a un lado.

—¿Comandante? —saludó.

M’Dunn franqueó el umbral.

—Seré breve, capitán —dijo—. El general Koratsov me envía para saber si necesita algo. Estamos dispuestos a proporcionarle cuanto estime le es preciso para el mejor cumplimiento de su misión.

—No necesito nada, comandante —sonrió el joven—. De todas formas, sírvase expresar al general mi agradecimiento y dígale en mi nombre que volveré con la misión cumplida.

M’Dunn sonrió también.

—No lo dudo, capitán. El general eligió al hombre que le

convenía. —Alargó la mano—. Deje que diga que le envidio, capitán.

—Me voy a divertir un poco, en efecto —convino el joven, estrechando la mano que le tendían—. Pero creo que de esta hecha, Brithar puede irse al infierno.

—En ello confío, capitán. ¡Buen viaje y buena suerte!

M'Dunn se marchó. Marco continuó con sus preparativos.

Estaba a, punto de acabar, cuando volvieron a llamar. El joven frunció el ceño.

—Esto se está convirtiendo en una romería — gruñó. Y volvió a abrir la puerta.

Inmediatamente, levantó las manos.

—No tire, hermano — dijo —. Me rindo.

El hombre que había llamado, le apuntaba con una pistola desintegradora. Su rostro era duro, de expresión implacable.

—Eso depende de usted mismo, capitán —contestó—. Retroceda.

Marco obedeció. El otro entró y cerró la puerta de un taconazo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Cómo? No entiendo...

El intruso alzó la mano.

—Capitán, no deseo matarle, pero lo haré, a menos que me obligue a ello. Démelo.

Marco apretó los labios.

—Si dispara la pistola, empezarán a funcionar automáticamente los detectores de radiactividad. No irá muy lejos — advirtió.

El intruso enfundó el arma. Con la mano izquierda, sacó una pistola de forma totalmente distinta.

—También mata, pero no hay detectores de pólvora deflagrada —dijo—. ¿Qué, me da esa caja, sí o no?

Marco suspiró.

—¿Cómo sabe que la tengo? —preguntó.

—Me lo dijo un pajarito. ¡Vamos, la caja!

Marco lanzó una rápida mirada hacia su saco de tripulante de astronave. El rufián captó su gesto.

—Apártese — ordenó —. Siéntese allí y no se mueva para nada o le freiré a tiros.

—Sí, señor —contestó el joven resignadamente.

Se sentó en un sillón. El hombre fue hacia el saco, dejó la pistola en una mesa próxima, al alcance de su mano y, abriendo el saco, lo puso boca abajo, desparramando su contenido por el suelo.

La caja negra apareció en medio de un montón de ropas. El intruso recobró su revólver y luego se inclinó para recoger la caja.

—No ha sido usted muy precavido — se burló —. Adiós, capitán.

—Buen viaje —respondió Marco.

El asaltante desapareció. Segundos después, se oyó afuera una apagada explosión.

Marco se puso en pie, abrió la puerta y se asomó al corredor.

El rufián le miró con ojos en los que hervía la rabia. Tenía en la mano los restos abarquillados de la caja y su rostro estaba completamente tiznado de negro.

—No ha sido usted muy precavido — repitió Marco irónicamente—. ¿Se asustó mucho?

El individuo comprendió que Marco se había burlado de él, colocando en su equipaje una caja que contenía un pequeño petardo y una abundante cantidad de carbón pulverizado. Bramando de ira, tiró a un lado los restos de la caja y se dispuso a desenfundar una de sus dos pistolas.

—Estos britharianos… —suspiró el joven, mientras volaba por los aires, con los pies por delante.

Sus zapatos se estrellaron contra el rostro del sujeto. Marco y el hombre rodaron por el suelo, pero sólo uno de los dos se puso en pie.

Marco agarró al otro por el cuello de su camisa y lo arrastró hasta meterlo dentro de su apartamiento. Después de desarmarlo, lo ató a conciencia.

Acomodó de nuevo su equipaje y salió, cerrando cuidadosamente detrás de sí.

Tenía que darse prisa o la «Maphygar» zarparía sin él.

IV

El capitán de la «Maphygar» se llamaba Juan Barez y era un curtido veterano del espacio, que había perdido un ojo en una de sus numerosas correrías por la galaxia. La falta del ojo no le había restado facultades y le había proporcionado un mal humor casi perenne, que en aquellos momentos se hallaba agudizado por diversos motivos.

Uno de ellos era Marco. Barez le miró con su único ojo, de tal forma que el joven creyó que iba a taladrar su mente.

—¿Por qué no vino mañana? ¿O el año que viene? ¿No sabía que debía presentarse veinticuatro horas antes de zarpar?

—Lo siento, capitán —contestó el joven—. Estaba sin colocación y en el Sindicato me avisaron a última hora...

—Está bien — rugió Barez —. Preséntese al sobrecargo. Él le dirá dónde debe acomodarse. El segundo Hinar le indicará cuáles son sus obligaciones y... ¿Cómo dijo que se llama?

—Dyan, capitán, Tab Dyan.

Barez le miró recelosamente.

—Una vez tuve a un tripulante que usaba ese apellido. Usted no se le parece mucho —dijo.

—Debe de tratarse de mi primo —contestó el joven amablemente—, pero hace años que no sé de él.

—Es igual —gruñó Barez—. Lárguese, Dyan.

—Sí, capitán.

El joven penetró en la astronave. Aunque estrictamente no era su obligación, Barez era un sujeto meticuloso a quien le gustaba permanecer en la entrada hasta el momento de zarpar.

La «Maphygar» era una astronave mixta de carga y pasaje. Todo el mundo estaba ya a bordo, menos un pasajero.

Barez consultó su reloj.

—Faltan diez minutos —dijo al tercer oficial, que estaba a su lado—. Si esa pasajera no ha llegado cuando sea la hora de zarpar, que se vaya al...

—Creo que ya viene, señor —dijo el oficial.

Una burbuja de la policía se detuvo en aquel instante en la plataforma de acceso a la nave. Dos hombres uniformados se apearon de ella, escoltando a una mujer, cuyas manos aparecían

esposadas.

Uno de los agentes era portador de una maleta. El otro empujó a la mujer con no demasiada cortesía.

—Su pasajera, capitán — dijo.

Barez empezó a echar pestes de la policía y de las mujeres frívolas. Ella permaneció inmóvil, con una expresión de burlona resignación en sus labios.

El jefe de la pareja sacó un documento.

—Firme la recepción, capitán —dijo.

Barez firmó. Luego, otro de los agentes soltó las esposas, dejando libres las muñecas de la mujer.

—Ya puedes pasar, mala pécora —dijo—. Y no vuelvas más por aquí, o te ocurrirá algo más que una simple expulsión.

Ella le sacó la lengua burlonamente. El policía levantó la mano para abofetearla, pero el tercer oficial, hombre joven y de nobles impulsos, le cortó el gesto.

—No lo haga, agente —dijo severamente—. Por encima de cualquier cosa, es una mujer.

El policía vomitó un par de obscenos insultos. Ella rió estridentemente.

—Le da rabia tener una mujer de cincuenta años, gorda y gruñona —dijo, y avanzó por la pasarela, haciendo ondular sus caderas con movimientos incitantes.

Barez frunció el ceño. No era aquella mujer la única pasajera que llevaba a bordo de la «Maphygar», pero sí la única de sus condiciones.

—Señor Miten —dijo al tercer oficial—, acomódela en el camarote 80-D y enciérrela allí hasta nueva orden.

Miten intentó protestar.

—¡Señor, ese camarote no reúne condiciones...!

Barez tenía muy pocas ganas de admitir objeciones.

—¡Haga lo que le ordeno! —rugió—. ¿Olvida usted quién es el capitán de este maldito cascajo?

—Sí, señor —contestó el oficial resignadamente.

Y siguió a la mujer, que esperaba ya en el interior de la nave, al otro lado de la esclusa.

Barez se encaró con los agentes.

—Cuando vean a su jefe, díganle de mi parte que es un hijo de

perra —barbotó—. ¿Dónde está el importe del pasaje de esa... pécora?

—Aquí lo tiene usted, capitán —contestó uso de los agentes—. Y si la deja escapar antes de que llegue a su destino, tendrá que vérselas con la Comisión de Patentes de Astronáutica.

—Al diablo con la comisión y con todos los malditos policías —dijo Barez. Pero no rechazó el cheque que le entregaban.

Momentos después, entraba en la esclusa. Se acercó a un interfono y emitió un bramido:

—Habla el capitán. Alisten todo para zarpar, apenas la torre de control nos dé el permiso. ¡Vivo, bergantes!

* * *

El capitán Barez debiera haber sido un marino de la vieja escuela, pensaba Marco Vyder, mientras, bajo la identidad del tripulante Tab Dyan, pasaba un paño por los dorados del corredor de la tercera cubierta.

Marco silbaba alegremente, entregado, al parecer, a su tarea con gran agrado. La tercera cubierta era el lugar, relativamente, menos cómodo del gran navío estelar, donde viajaban los pasajeros que no podían costearse el viaje en la segunda cubierta, donde los camarotes eran de una sola plaza, o en la primera, en que el viajero disponía de toda clase de lujos.

En la tercera cubierta, los camarotes disponían únicamente de lo indispensable y sus ocupantes no tenían derecho a pasar a las otras cubiertas. Marco pensó que largos siglos de civilización no habían eliminado aún ciertas barreras levantadas por la mayor o menor cantidad de dinero que pudiera poseer una persona.

Unos golpes que sonaban en una puerta cercana le arrancaron súbitamente a sus reflexiones.

Marco se acercó a la puerta e intentó abrirla. Estaba cerrada con llave.

Junto a la puerta había un altavoz. Alguien emitió un grito.

—¡Ábranme! ¡Capitán, dé la orden de que me abran!

El altavoz debía de estar algo estropeado, porque las palabras sonaban como chirridos. Marco presionó un botón que había junto a la puerta y, acercando sus labios al micrófono, dijo:

—Espere un momento. Iré a avisar al capitán ahora mismo.

Al final del corredor había un interfono. Marco caminó una

docena de pasos y tocó el interruptor.

—Cubierta tres, tripulante Dyan. Capitán, el ocupante del camarote 80-D pide salir. ¿Qué le digo?

—Dígale que se vaya al infierno —contestó Barez con un rugido.

—Muy bien, señor.

Marco cortó la comunicación. Regresó a la puerta del camarote y habló de nuevo:

—Lo siento. El capitán dice...

Marco no pudo continuar hablando. Barez rugió de nuevo a través del altoparlante.

—Espere ahí, tripulante Dyan. Voy ahora mismo a la cubierta tres.

Marco esperó. Barez no tardó en dejarse ver.

—¿Qué es lo que dice esa mujer? —gruñó.

—Quiere salir de su camarote, señor —contestó el joven.

—¡Esa...! —Barez pronunció una palabra altamente ofensiva para la mujer que había al otro lado de la puerta—. La destierran de la capital por conducta desordenada... ¡y había de tocarme a mí la china de llevarla al Puesto Número Cinco!

Sacó una llave, la insertó en la cerradura y abrió.

La figura de una mujer, sumariamente ataviada, apareció ante los ojos de Marco. El joven hubo de apelar a toda su fuerza de voluntad para no lanzar un grito de asombro.

—Hola, capitán —dijo Elvira Belshaz, sonriendo provocativamente. Apoyó una mano en su cadera y adelantó el busto—. ¿Hasta cuándo va a tenerme encerrada como si fuese una apestada?

Barez procuró contenerse.

—Tengo órdenes de...

—No me diga sus órdenes, capitán — le interrumpió ella—. Demasiado las conozco. Pero por muchos delitos que yo haya podido cometer, y no he cometido ninguno reprobable, no me merezco el trato que me está dando. Hace ocho días que zarpamos y aún sigo encerrada. Usted tiene que llevarme al Puesto Número Cinco y...

—¡ Basta! — tronó Barez —. Demasiado sé lo que tengo que hacer y no es usted quien debe recordármelo. Está bien, la dejaré que salga, pero no suba usted a las otras cubiertas. Y, una cosa:

antes de la próxima escala y mientras estamos en tierra, volveré a encerrarla.

—Gracias, Cíclope —contestó ella, lanzándole un beso con la mano.

Barez se enfureció por aquella alusión a la falta de su ojo. Fue a decir algo, pero se contuvo.

De pronto reparó en Marco. El joven permanecía a un lado, con el trapo en las manos.

—¿Qué hace ahí? —tronó—. ¡Siga limpiando!

—Sí, capitán.

Marco empezó a frotar los metales. Barez se alejó, mascullando mil maldiciones.

Elvira salió a la puerta de su camarote, apenas Barez se hubo alejado. Miró al joven y sonrió.

—Hola, capitán — dijo.

—Me llamo Tab Dyan —contestó el joven intencionadamente.

—Y yo no soy una señora —exclamó ella, riendo.

—Le gustan las aventuras, ¿eh?

—Un poco. Pero era necesario.

—Necesario, ¿el qué?

—Mi viaje.

—¿A Brithar?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—Digamos rueda de repuesto, Tab.

Marco alzó las cejas.

—No entiendo —dijo.

—Si falla usted, yo actuaré.

—Ahora sí lo entiendo. —Marco torció el gesto—. No es un asunto fácil, señorita… ¿Cómo debo llamarla?

—Elvira. No he cambiado mi nombre.

—Es una imprudencia.

—Muy pocos saben que era la secretaria privada del Presidente.

—Pero algunos conocen más de lo necesario. ¿Sabe que el enemigo sabe ya el secreto de la caja?

Elvira frunció el ceño.

—¿Es cierto? —preguntó.

—El día en que iba a embarcar, un hombre estuvo en mi casa y

me pidió la caja. Se apoyaba en un arma, claro.

—¿Y se la dio?

Marco sonrió mientras explicaba a la joven lo sucedido. Elvira rió de buena gana.

—Un truco magnífico —alabó—. Pero ¿dónde está la caja?

—Ah, permítame que me lo reserve. Según parece, usted tiene otra, ¿no es cierto?

—Sí, y si quiere, le diré...

—No. Podrían atraparme y obligarme a confesar. Guárdese el secreto para sí y... Dígame, ¿cómo está aquí?

—Una dama de virtud fácil iba a ser expulsada de Tierra Dos. Ya sabe usted que hay ciertas leyes de un excesivo puritanismo.

—Comprendo. Y va a parar al Puesto Número Cinco.

—Sí. Allí, las damas de mi... calaña son altamente apreciadas.

—¿Y luego?

—Veremos. Lo importante es llegar allí.

—De todas formas...

Marco se interrumpió de pronto. Su mano se movió vigorosamente contra el metal de la puerta contigua a la de Elvira.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Señora, no puedo informarle sobre lo que me pregunta. ¿Por qué no va a ver al capitán y se lo dice a él?

Elvira comprendió en el acto.

—Muy bien, lo haré a la próxima ocasión. Gracias, amigo. —Y se alejó por el corredor, en dirección al mirador de la tercera cubierta.

Un hombre apareció por el extremo opuesto. Marco fingió no haber advertido su presencia.

—Eh, tú — llamó el sujeto.

Marco se volvió.

—¿Señor? — dijo respetuosamente.

Era el primer oficial, un sujeto de rostro avinagrado y nariz ganchuda, llamado Hinar.

—Aquí ya no tienes nada que hacer. Los metales están limpios. Lárgate — ordenó Hinar.

—Sí, señor.

Marco se alejó por el corredor. Al llegar a la esquina más próxima, fingió continuar su camino, pero retrocedió y asomó un

ojo.

Hinar miraba a derecha e izquierda. Creyéndose solo, entró en el camarote de Elvira.

—No cabe duda —murmuró Marco—. El espionaje brithariano es de calidad... Pero ello implica, por lo menos, la existencia de un traidor en nuestras filas.

Suponía que Elvira habría arreglado todo para que nadie pudiera encontrar fácilmente prueba en contra suya. No obstante, se alejó pensando en que debía advertirla más adelante.

Esperó a que hubiese llegado el período de descanso. A la media noche, se levantó y abandonó el dormitorio de la tripulación.

Descendió a la tercera cubierta y caminó hasta el camarote de la joven. El silencio era absoluto. Sólo se percibía el levísimo rumor de las máquinas de la nave, funcionando aceleradamente a decenas de metros más abajo.

Tocó con los nudillos. Elvira no contestó.

Marco frunció el ceño. ¿Le había ocurrido algo?

Asió el pomo de la puerta y lo hizo girar. La luz del camarote estaba encendida y a Elvira no le había pasado nada.

Pero la joven se hallaba en una actitud lindante con la locura. Parecía una estatua, recorrida por rápidos y breves estremecimientos, y sus ojos contemplaban con horror el cuerpo que yacía en el suelo, al pie de su litera.

Marco se hizo cargo de la situación en el acto. Cruzó el umbral y cerró la puerta.

El hombre que yacía en el suelo era Hinar y estaba muerto.

V

Elvira parecía estar paralizada por el espanto. Marco se acercó a ella y la sacudió con fuerza.

—¡ Elvira!

Ella pareció volver a la vida.

—He tenido que matarle —dijo—. Él quiso asesinarme...

—¿Le dijo algo?

—No. Entró sin avisar, con un puñal en la mano. Estaba despierta y le vi...

Marco la empujó hacia la litera.

—Siéntese y no se mueva. Hinar era un agente britHariano — dijo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Tengo motivos para ello. Ahora, dígame, ¿qué clase de arma empleó contra él?

—Una pistola paralizante —respondió la joven—.

Sólo pretendía inmovilizarle para interrogarle más tarde, pero se ve que el «shock» fue demasiado fuerte para su corazón.

—Sí, eso creo yo. Bueno, ahora tenemos que resolver este problema, Elvira.

—¿Cuál, capitán?

—Llámeme Tab o Dyan mientras sigamos aquí — gruñó él—. Nuestro problema ahora consiste en deshacernos del cuerpo de este bergante.

Miró en torno suyo y meneó la cabeza.

—El expulsor de desperdicios está demasiado lejos — gruñó —. Seríamos descubiertos.

De pronto, sus ojos se fijaron en la lucerna del camarote. Sonrió satisfecho de la idea que acababa de ocurrírsele.

—Ya está —dijo—. Lo lanzaremos por la ventana.

—Eh —se alarmó Elvira—, que esa lucerna no da a la calle precisamente.

—Ya lo sé —contestó él—. Espere aquí y no se mueva ni abra a nadie hasta mi vuelta.

Marco salió del camarote con las debidas precauciones y regresó al dormitorio de la tripulación. Hurgó en su saco de viaje y, de un compartimento muy bien disimulado, sacó un objeto con el que

regresó junto a la muchacha.

Elvira aguardaba ya muy nerviosa. Marco observó que seguía aún con ropas de dormir.

—Vamos —dijo, impaciente—, vístase. Así no podrá justificar que tenía insomnio y que se fue al mirador cuando ocurrió la explosión.

—¿Qué explosión? —preguntó ella, atónita, mientras se despojaba de la bata.

Marco estaba ya trabajando junto al cuarzo de la lucerna. Ésta medía setenta y cinco centímetros de diámetro y permitía ver un gran trozo del espacio.

Mientras, Elvira se puso un traje de una sola pieza, de color gris acero, que modelaba a la perfección las esbeltas líneas de su cuerpo de estatua. Calzó unas botas de blando cuero, que le llegaban a la mitad de la pantorrilla, y se ajustó al talle un ancho cinturón, con algunos compartimentos apenas visibles.

Al terminar, Marco situó una silla junto a la ventana. Luego se inclinó y colocó el cuerpo de Hinar sobre la silla. La cabeza del difunto se apoyaba en la parte inferior dé la lucerna.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí —contestó ella.

—Bien, salga y diríjase al mirador. Yo iré en seguida.

Elvira obedeció en el acto. Marco se acercó a la cajita que había dejado adherida al cuarzo y dio media vuelta a un interruptor que había en una esquina de la misma.

Consultó su reloj. A partir de aquel momento, disponía de un minuto, tiempo más que sobrado para alejarse del camarote.

Se dirigió hacia la puerta, cruzó el umbral, y la cerró, pero no del todo, dejando una rendija de un centímetro. Luego caminó con paso rápido hacia el mirador de los pasajeros de la tercera cubierta.

Se descendía por una escalera de diez o doce peldaños, El lugar era de forma semiesférica y de una anchura superior a los quince metros. Había varios divanes y butacas, para mayor comodidad de los observadores. La cúpula que cubría el mirador era transparente en su casi totalidad y permitía la visión de un espectáculo maravilloso.

Elvira estaba en pie, en el lado opuesto, contemplando las estrellas con expresión abstraída. Marco la miró en silencio. Era una

mujer realmente hermosa, se dijo.

Terminó de descender las escaleras y avanzó sobre la blanda alfombra que cubría el pavimento. Llegó junto a ella y la tocó en un brazo.

Elvira se estremeció.

—Tab —dijo.

En aquel momento se oyó una explosión no muy fuerte. La nave sufrió una ligera sacudida.

Los timbres de alarma empezaron a chirriar, indicando la existencia de una fuga de aire. Marco sonrió.

—La fuga de aire y la baja consiguiente de presión se han producido en su camarote — explicó —. Cuando investiguen, creerán que el cuarzo de su lucerna cedió a causa de la presión interna. Le preguntarán, usted no sabrá nada, sino que salió a contemplar las estrellas desde el mirador, porque tenía insomnio. La puerta de su camarote quedó entreabierta, pero se cerró en el momento en que se produjo la explosión y se hizo el vacío.

—Sí, me lo imagino. Todas las puertas actúan automáticamente en una contingencia semejante.

—Y, por supuesto, el cuerpo de Hinar ha sido arrastrado al espacio. Lo encontrarán, qué duda cabe, pero nadie podrá probar que usted lo mató.

Ella se estremeció.

—Me pregunto por qué quería matarme —dijo.

—El espionaje brithariano no descansa — contestó él sentenciosamente—. Es lógico, en cierto modo, pero acabaremos por triunfar.

Se oían voces por el interior de la nave. Elvira dijo:

—¿No le echarán de menos?

Marco sonrió:

—No tengo asignado servicio sino hasta las seis de la mañana —contestó—. De pronto, vio algo y extendió la mano—. ¡Mire!

Elvira giró la cabeza. Inmediatamente, sufrió un fuerte estremecimiento.

El cadáver de Hinar flotaba en el espacio. Lanzado al vacío antes de que su cuerpo se hubiese enfriado, la descompresión había afectado a sus tejidos orgánicos, todavía flexibles.

El aspecto era espantoso. Hinar flotaba en el vacío, alejándose

de la nave con aterradora lentitud, entre una nube de objetos pertenecientes al camarote de la joven.

De pronto, Elvira lanzó una exclamación, a la vez que se cogía con fuerza al brazo de Marco.

—¡Dios mío!

Marco la miró con sorpresa.

—¿Qué le ocurre? — preguntó.

—La otra cajita… Aturdida, la olvidé en el camarote.

El rostro de Elvira mostraba claramente la aflicción que la poseía. Marco frunció el ceño.

—¿No habrá salido lanzada al espacio? —sugirió.

—No. Estaba muy bien guardada…

—¿Dónde? —preguntó él.

—Detrás del mamparo del lavabo, en la parte inferior. Hay allí un hueco apenas perceptible y creí… — Elvira estaba a punto de echarse a llorar—. Me siento desolada, Tab.

Marco trató de animarla.

—Bueno, no se preocupe. Yo intentaré recóbrala…, aunque no sé cómo ni cuándo…

Alguien le interrumpió de repente.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Era Miten, el tercer oficial.

Marco se llevó la mano a la sien.

—La señorita ocupaba el camarote afectado por la rotura de la lucerna — contestó.

—No tenía sueño y vine aquí a pasar un poco el rato — añadió Elvira—. Este tripulante y yo comentábamos lo sucedido, oficial.

Biten miró al joven con aire suspicaz.

—Está bien —contestó al cabo—. Váyase, Dyan; quizá le encuentren algún trabajo.

—Sí, señor. — Marco dio unos cuantos pasos hacia la salida del mirador y luego dijo —: ¿Señor?

Miten le dirigió una penetrante mirada.

—Hable, Dyan —ordenó.

—Si van a reparar la lucerna del camarote de la señorita, yo… bueno, quiero decir que soy especialista en la materia.

—Lo tendré en cuenta, Dyan. Gracias de todas formas.

—A usted, señor.

Marco subió la escalera. Antes de salir, aún tuvo tiempo de

escuchar la voz del tercer oficial, que se dirigía a la muchacha.

—Créame, señorita; intenté que el capitán le asignara otro camarote, pero no...

Marco sonrió maliciosamente. La juventud, pensó. A la edad de Miten siempre se tenían sentimientos nobles y generosos. El espíritu no había tenido aún tiempo de malearse.

Regresó a su dormitorio y se acostó. A las seis de la mañana —en la nave se seguía el horario de Tierra Dos —, le despertaron para hacerse cargo de su turno de servicio en los instrumentos, junto con el oficial de guardia.

Miten era el oficial de guardia. Había otro tripulante y el oficial lo despachó a la cocina en busca de café caliente.

—Dyan —dijo Miten cuando se hubieron quedado solos.

—¿Señor?

Marco tenía la vista fija en el predictor de rumbo. Al lado de la pantalla, en la que las oscilaciones de la órbita de la nave se reflejaban instantáneamente, por minúsculas que fuesen, se veía el contador de velocidades.

La «Maphygar» volaba a doscientos ochenta y siete mil kilómetros por hora. En el velocímetro, la aguja señalaba la cifra 287.

Cuando llegase a la cifra 299, la astronave pasaría al subespacio, en donde se movería con aterradoras velocidades, muchas veces superiores a las de la luz, a fin de acortar el viaje.

—Quería hablarle de la señorita Belshaz —expresó el oficial.

—Sí, señor.

—¿Qué opina usted de ella?

Aquella pregunta sorprendió a Marco. No obstante, contestó como lo hubiera hecho cualquier otro tripulante.

—Engaña, señor.

—¿Cómo que engaña? ¿Qué quiere decir usted?

—Bueno — rió Marco —, es muy guapa y de expresión dulce..., pero la policía no expulsa a la gente así como así.

—No puedo creer que ella sea una... —Miten se resistía a pronunciar la palabra infamante.

—Lo es, sin lugar a dudas, señor, y por muy guapa que sea, si me permite el consejo, olvídela. No es la mujer adecuada para un oficial con un brillante porvenir como usted.

Marco obraba así astutamente. Dábase cuenta de que Miten estaba enamorándose de Elvira y ello podía producir por parte del oficial, aunque involuntariamente, alguna interferencia en sus planes.

—Sí — reconoció Miten dubitativamente —, creo que tiene usted razón…

En aquel momento, el segundo oficial, Garven, asomó por la puerta del puente de mando.

—¿Quién es Tab Dyan? —preguntó.

—Yo, señor —contestó Marco.

—Muy bien. Le enviaré relevo ahora mismo. Usted es especialista en lucernas, ¿no es así?

—Cierto, señor.

—Entonces, apenas haya sido relevado, vaya a la sala de trajes espaciales. Esa lucerna tiene que estar reparada antes de que termine el día.

—Bien, señor —contestó Marco con voz neutra.

VI

Marco llegó al vestuario quince minutos más tarde. Garven y otro tripulante, llamado Salermi, se hallaban allí.

—¿Señor? —saludó el joven.

—Ahí tiene su traje espacial —indicó Garven—. Póngaselo. El cuarzo de repuesto está en la esclusa.

—Sí, señor.

Garven se marchó, dejándolos solos. Marco se acercó al traje y lo descolgó.

Salermi estaba comprobando en el manómetro la presión de sus depósitos de aire. Antes de ponerse el traje, Marco hizo lo mismo.

El casco estaba sobre un estante. Marco esperó a que Salermi hubiese terminado su labor y entonces acercó los tanques de aire al manómetro.

Observó la aguja. La presión era normal.

De pronto, cuando ya se retiraba, su mirada se posó casualmente en el casco que debía ponerse.

Fue una visión fugaz, que duró una fracción de segundo. Marco se sintió notablemente preocupado.

Aparentemente, el casco no ofrecía ningún detalle de particular. Pero según incidían los rayos de luz, se veía en su parte superior y posterior dos círculos concéntricos que no se divisaban de otra forma.

Marco fingió preparar a conciencia su escafandra especial. Salermi estaba sentado en una silla y se disponía a ponerse el traje.

Con disimulo, observó el casco de Salermi, que no tenía ninguna otra señal, a excepción del número de orden en el frontal. Miró en todas las posturas, sin conseguir divisar aquellos dos círculos que parecían trazados con una pintura invisible, fosforescente sin embargo en determinadas condiciones.

Era una señal, pensó. Pero ¿qué objeto tenía?

—Perdona un momento —dijo de pronto, y se dirigió al lavabo más cercano.

Estuvo allí un minuto reflexionando, sin saber qué decisión tomar. Al cabo, encontró una que le pareció medianamente viable.

Regresó al vestuario.

—Salermi, te llama el oficial de guardia — dijo —. Es sólo un

momento.

—¿De qué se trata? —preguntó el otro, desconfiadamente.

Marco se encogió de hombros.

—No soy su confidente — respondió en tono seco.

Salermi tenía ya el traje puesto. Salió del vestuario y se dirigió al puente de mando. Marco aprovechó la ocasión para cambiar los cascos.

Cuando Salermi regresó, estaba terminando de equiparse. Salermi venía de malísimo talante.

—¿Estás loco? —gruñó—. El señor Miten me dijo que no me había llamado. ¿Quién diablos...?

Marco se encogió de hombros.

—No me culpes a mí, chico — contestó —. Un tipo me lo dijo y yo me limité a transmitirte su mensaje.

Por lo visto —agregó—, hay gente que se divierte gastando bromas de chiquillos.

Se puso el casco, observando con satisfacción que Salermi no se había dado cuenta del cambio. Momentos más tarde y una vez comprobada la estanqueidad de sus trajes respectivos, se dirigían hacia la esclusa.

Garven les aguardaba allí. El cristal de repuesto estaba apoyado contra uno de los mamparos.

Garven les dio por radio las últimas instrucciones. Luego se retiró y cerró la compuerta interna.

El vacío se hizo en la esclusa. Entonces se abrió la compuerta externa y los dos hombres, el uno con el enorme trozo de cuarzo y el otro con la caja de herramientas salieron fuera del navío.

Con una sola mano hacían funcionar la unidad propulsora que les llevó hasta el lugar donde se había producido la falsa explosión. Salermi empezó a limpiar el marco de restos de cuarzo, dejándolo en condiciones a los pocos minutos.

Marco hizo pasar al otro lado el pesado trozo de cuarzo. Luego se introdujo en el camarote. Observó que Salermi agitaba una mano, pero no hizo el menor caso.

Empezó a trabajar. Salermi le contemplaba desde el otro lado, flotando en el espacio.

Colocó el cristal en la posición adecuada. Llamó por radio y pidió aire al camarote. Desde el puente enviaron unos cuantos

metros cúbicos. El aire, al entrar en el camarote, provocó un súbito aumento de presión que, aunque muy inferior a la normal, bastó para que el cristal ajustara contra el marco.

Salermi continuaba fuera, en la misma posición. Marco se dio cuenta de que le miraba con una fijeza que se le antojó sospechosa.

De pronto, vio algo en el hombro izquierdo de Salermi. Un frío terrible invadió sus huesos.

Actuando con rapidez, se dirigió al lavabo, buscó en el sitio indicado y encontró la cajita, que guardó en uno de los bolsillos exteriores de su traje de vacío. Luego conectó la radio.

—Habla Dyan —dijo—. La avería está reparada. Inyecten aire a presión normal. No se observan indicios de escape.

El manómetro de pulsera le indicó el momento en que la presión atmosférica alcanzó el grado de normalidad requerido. Entonces, con toda naturalidad, se dirigió hacia la puerta, desbloqueó el mecanismo de cierre automático y la abrió.

Barez aguardaba en el corredor. Marco se quitó el casco.

—Todo en orden, señor—informó.

—Bien, vaya al vestuario y quítese el traje. Luego tome su guardia de nuevo.

—Sí, señor.

Marco echó a andar por el corredor. Al llegar a su final, se volvió.

Barez había desaparecido. A Marco no le cupo la menor duda de lo que estaba haciendo.

—Busca, busca — rió entre dientes, mientras acariciaba con la mano todavía enguantada el bolsillo donde guardaba la cajita.

Poco después, estaba en el puente de mando. Miten le dio la noticia.

—Salermi ha muerto, Dyan. Ha sido algo horrible, un meteorito le perforó la escafandra...

—Horrible, señor —concordó el joven, pensando en que, de no haber cambiado los cascos, él habría sido quien hubiese recibido el supuesto meteorito.

Le quedó la duda de si Salermi era inocente o estaba en combinación con el espionaje brithariano. De lo que no había la menor duda era de que los agentes de Brithar hormigueaban en la nave.

La señal del casco debía de haber sido un punto de referencia, ya que con los trajes espaciales, no era posible distinguir la identidad de las personas, salvo a muy corta distancia. Alguien había disparado un proyectil que, al perforar la escafandra de Salermi, había provocado una pérdida de presión instantánea.

La muerte había sobrevenido por descompresión en cuestión de segundos.

—Hay personas inocentes a bordo, a pesar de todo —se dijo—. De lo contrario, haría saltar esta nave en mil pedazos.

Dos días después, consiguió reunirse de nuevo con la muchacha.

—¡ Por fin! — dijo Elvira, al verle en el mirador.

—Lo siento —contestó él, entregándole la cajita —. No ha podido ser antes.

Ella guardó el aparatito en uno de los bolsillos de su traje.

—Dentro de dos semanas llegaremos al Puesto Número Cinco. ¿Cuáles son sus propósitos para entonces?

—Desertar.

Ella arqueó las cejas.

—¿Qué espera conseguir con eso? —preguntó.

—La «Maphygar» es un nido de espías.

—Lo sé, pero...

—Desertaré —insistió él—. Luego..., pero ya lo sabrá en el momento adecuado. Una cosa: si por alguna razón nos tuviésemos que separar, acuda a la taberna «El León Espacial». ¿Sabe usted cantar?

Elvira respingó.

—Hombre —dijo.

—Bueno, tiene una cara bonita y un cuerpo escultural. La voz será la de menos. Ofrézcase como cantante... o como lo que sea, pero espéreme allí.

—¿Y después?

—Ya lo sabrá, tenga paciencia.

De pronto, Marco agarró a la joven por el talle y la atrajo hacia sí.

—Vamos, vamos, no seas tan escrupulosa —dijo, inclinándose para besarla.

Elvira se sorprendió tanto por la inesperada acción de Marco, que no tuvo tiempo de reaccionar. Por encima del hombro del joven

vio a un individuo que les contemplaba con expresión recelosa.

Era Garven, el ahora primer oficial, después de la muerte de Hinar.

—¡ Dyan! — rugió.

Marco soltó a la muchacha y se volvió.

—Señor —contestó.

—Deje a esa mujer en el acto —ordenó el oficial.

—Sí, señor. — Fingiendo una gran desfachatez, Marco dio una afectuosa palmadita en la enrojecida mejilla de la joven—. Gracias, guapa.

Pasó junto a Garven y se encogió de hombros.

—Lo siento, no pude resistirlo —se excusó.

—Lárguese — tronó Garven.

—Sí, señor.

—Y usted, señorita, vuélvase a su camarote y no provoque a los tripulantes. Ésta es una nave seria, no un lupanar.

Ella puso una mano en su cadera y sonrió, a la vez que con la otra mano se ahuecaba el cabello, haciendo así resaltar las turgentes curvas del busto.

—Dyan es un chico muy guapo y yo no soy tan fea, oficial — contestó.

—Fuera, zorra — gruñó Garven.

Elvira pasó por su lado, contoneándose espectacularmente. Luego se volvió, le miró y soltó una carcajada.

—En el fondo, se muere de envidia — dijo —. A usted no le besaría yo ni por todo el oro de Brithar.

Garven saltó de repente hacia ella y la agarró por un brazo. Sus ojos brillaban demencialmente.

—¿Quién le ha enseñado esa frase? —rugió.

—¡Suélteme! —protestó ella—. Me está haciendo daño... Suélteme o gritaré...

—¿Quién le ha enseñado esa frase? —insistió el oficial.

—Nadie. Se me ocurrió... ¿No dicen que Brithar es muy rico?

Garven aflojó la presión de sus dedos. Elvira se frotó el brazo, allá donde la mano del oficial había dejado sus huellas.

—¡Qué bruto! —se indignó—. Tendré marcas suyas durante unos días.

—Vuelva a su camarote —repitió Garven hoscamente. De

pronto, giró sobre sus talones y se alejó con paso rápido.

Elvira le vio marchar, sumamente preocupada. ¿Por qué se había sobresaltado tanto Garven al pronunciar ella una frase que, en su opinión, carecía de importancia?

Horas después, el capitán Barez vino a su camarote.

—Señorita Belshaz —dijo—, temo que hemos sufrido un error con usted.

Elvira alzó las cejas.

—No le entiendo —contestó—. ¿Qué ocurre?

—Tiene usted reservado uno de los mejores camarotes de la primera cubierta. Ahora mismo enviaré a un tripulante para que traslade su equipaje. El camarote es el 5-A. Discúlpenos si hemos hecho algo que haya podido enojarla.

La joven se quedó con la boca abierta. Barez emitió una sonrisa de complicidad.

—Dispénsenos —insistió. Y tras saludarla con toda cortesía, se retiró.

Elvira estaba desconcertada y no sabía qué hacer. El instinto, sin embargo, le dijo que debía de abstenerse de buscar una entrevista con Marco, hasta tanto no hubiese aclarado aquel repentino cambio de actividad por parte de Barez, el cual, no era difícil suponerlo, estaba en connivencia con Garven.

Pero el viaje llegó a su término sin que la muchacha hubiese hallado la ocasión propicia. En el momento en que se disponía a cerrar su equipaje, Barez vino a verla.

—El agente terrestre desembarcará hoy —dijo.

—Lo sé — respondió ella.

—Conviene que no le pierda de vista. Si necesita ayuda, de cualquier clase, tanto personal como monetaria o de otro género, aquí tiene quien puede proporcionársela. No olvide la contraseña.

—Por todo el oro de Brithar — sonrió ella.

—Justamente. —Beraz sonrió también—. El comandante M’Dunn ha resultado ser un buen elemento.

—No me cabe la menor duda, capitán.

Al quedarse sola, Elvira leyó el mensaje escrito en el papel que Beraz le había entregado. Era un número de visófono. Se lo aprendió de memoria y luego destruyó el papel.

VII

El Puesto Número Cinco era una ciudad en un asteroide de unos mil kilómetros de diámetro, una roca pelada flotando en el espacio.

Largos siglos de duros trabajos habían conseguido crear, en algunos lugares del asteroide, una capa de tierra en la que crecían algunas plantas de utilidad, bajo la interminable serie de cúpulas que servían para retener la atmósfera y cobijar bajo ellas a los centenares de miles de seres que vivían en el planetoide.

Era un puesto militar brithariano, pero la guarnición estaba cuidadosamente apartada de la ciudad propiamente dicha. En ésta, el viajero del espacio podía hallar cuanto no encontraría en ningún otro planeta del Subsistema Tierra Dos y, a veces, ni en el propio Gran Sistema de Brithar.

En realidad, se trataba de un puerto franco, del que los contrabandistas se servían para hacer su agosto, cargando allí sus naves e introduciendo luego la mercancía fraudulentamente en los planetas del Subsistema. La incesante actividad de las naves contrabandistas había provocado una floreciente expansión del Puesto Número Cinco..., que no se diferenciaba en ello apenas de los restantes planetoides que componían el Espolón de Kasser y que se hallaban reunidos en un espacio de menos de cien millones de kilómetros de diámetro.

Brithar mantenía fuertes guarniciones en el Espolón. Últimamente, sin embargo, la presión de Tierra Dos se había acentuado. Para los britharianos, por tanto, resultaba imperativo ampliar su zona de influencia, apoderándose de la región circunvecina del Espolón.

Elvira llevaba ya casi una semana actuando en «El León Espacial». El dueño la había contratado apenas verla, sin preocuparse de su voz.

—Me basta con su cara y su figura — había dicho el hombre. Y lo cierto era que, aunque Elvira no había cantado nunca en público hasta entonces, estaba obteniendo un éxito más que regular.

Pero se sentía inquieta y nerviosa. ¿Dónde estaba Marco?

¿Por qué no daba señales de vida? ¿Le había ocurrido algo grave?

Aquel día terminó su actuación en medio de una atronadora

tempestad de aplausos y silbidos mezclados equitativamente. Las monedas de oro y hasta las joyas llovían sobre el escenario.

Elvira echó besos al tumultuoso público de la taberna.

«A este paso —pensó —, me haré rica en cuatro días.»

Un camarero recogió los «donativos» en una bolsa y se los entregó entre bastidores. Elvira agradeció el gesto entregándole una propina principesca. Luego, con la bolsa en las manos, se retiró a su camerino.

Abrió la puerta, dio dos pasos en el interior del cuarto y se detuvo en seco. Allí estaba Marco, quien se puso dos dedos en los labios indicando silencio.

Ella respiró con fuerza. Luego cerró y, lanzando la bolsa a un lado, corrió hacia el joven y se colgó de su cuello.

—Marco —dijo apasionadamente.

—Tendré que aprovecharme —rió él. Y la besó.

Elvira devolvió el beso. Después se ruborizó.

—Te has aprovechado de la ocasión —dijo.

—Claro. ¿Quién no? —contestó él. La miró apreciativamente de arriba abajo —. Estás guapísima.

Ella enrojeció aún más. Su vestimenta no podía ser más breve, por lo que corrió a esconderse tras el biombo que había en un lado del camerino.

—Espera un momento —dijo atropelladamente—. Tenemos mucho de qué hablar... ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Trabajando, por supuesto.

—¿En qué?

—Era preciso buscar una nave que nos lleve a Brithar sin provocar sospechas.

—¿Y la has encontrado?

—Al fin. Resultó difícil, pero lo conseguí.

Ella le miró por encima del biombo.

—Puede que hayas perdido el tiempo, Marco — dijo.

—¿Ha ocurrido algo grave?

Elvira rió argentinamente.

—Oh, no, todo lo contrario. ¿Sabes?, me tomaron por un agente del Servicio de Información brithariano.

Marco respingó.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo? ¿De qué me hablas?

Ella le explicó lo sucedido con Garven una vez se hubieron separado en el mirador de la «Maphygar». Terminó:

—Se me ocurrió pronunciar aquella frase como una cosa tópica, pero, al parecer, acerté sin querer con una de sus contraseñas. Incluso luego Barez vino a pedirme disculpas y me trasladó a la primera cubierta.

—Sí, eso lo sé, aunque no podía figurarme los motivos. Pensé que tal vez Miten...

—Nada de Miten, el capitán en persona. Pero aún hay más, Marco. Espera un momento.

Elvira terminó de vestirse. Cuando salió del biombo, tenía puesto un traje de una sola pieza, levemente holgado, de color negro, y botas de media caña del mismo color. El cabello estaba recogido en la nuca por una cinta también negra.

Se acercó a él y le puso las manos sobre los hombros.

—Me he enamorado de ti — sonrió.

Marco sonrió también.

—Lo esperaba — contestó —. Cuando hayamos regresado, nos casaremos.

—Sí, querido —murmuró Elvira, ofreciéndole sus labios.

Poco después, Marco preguntó:

—¿No tenías algo más que decirme?

—Sí. Escucha, antes de desembarcar, el capitán Beraz me facilitó un número de visófono y me dijo que su dueño me facilitaría cualquier cosa que pudiera necesitar. Aún no he hecho ninguna llamada, pero... creo que es hora ya de que la haga.

—¿Cuáles son tus intenciones? —quiso saber él.

—Es evidente que el dueño de ese visófono pertenece a la red de Brithar. Bien, ¿por qué no decirle que te he atrapado... y tenderle así una trampa?

Marco analizó la propuesta. Al fin contestó:

—De acuerdo. Merece la pena intentarlo. ¿Vamos? Elvira se colgó de su brazo. Le miró profundamente y sonrió:

—No lo olvides: te he atrapado — murmuró.

—No mentirás cuando se lo digas a ese espía — contestó él.

* * *

Marco estaba reclinado en un diván, contemplando a la muchacha, la cual se hallaba frente al visó-fono de la habitación

que ocupaba en uno de los hoteles del planetoide. Elvira marcaba una cifra en aquel momento.

Segundos después, el rostro de un individuo de cierta edad apareció en la pantalla.

—Soy Elvira Belshaz —dijo la muchacha—. El capitán Barez me habló de usted muy bien. Dijo que no se movería, usted, claro, de aquí por todo el oro de Brithar.

—El capitán Barez me conoce muy bien — contestó el individuo —. ¿En qué puedo servirla, señorita Belshaz?

—Necesito su ayuda. Tengo aquí, bien atrapado, al agente de Tierra Dos. Usted querrá interrogarle, supongo.

—Estoy deseándolo. ¿Qué hace el capitán Vyder?

Marco pensó: «Están bien informados. Claro que, contando con M'Dunn, su labor no ha sido precisamente difícil.»

—Ahora está durmiendo. Ha bebido, ¿comprende?

El hombre sonrió.

—Sí, desde luego. Escuche, despiértele y sugiérale la conveniencia de asistir a una fiesta que dan en casa de un amigo suyo. Ese amigo soy yo, claro.

—De acuerdo. ¿Dónde es... la fiesta?

El hombre le dio una dirección. Elvira la anotó en un papel.

—¿Y su nombre?

—Llámeme... Smerith —contestó el agente de Brithar.

—Muy bien, Smerith — sonrió Elvira —. Dentro de una hora estaremos ahí los dos.

Cortó la comunicación y se volvió hacia el joven.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Muy bien. Tengo la sensación de que ese tal Smerith debe de ser el jefe de la red de espionaje de este sector. Cuando hayamos terminado con él, enviaré un espaciograma a Tierra Dos.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—M'Dunn —contestó Marco lacónicamente.

—No lo hagas.

—¿Eh?

—Si le detuvieran, sabrían que yo te lo he dicho. Eso podría comprometerme, ¿no crees?

Marco reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Demoraré el envío de ese espaciograma, pero según cómo

actuemos esta noche, se descubrirá que tú no eres el agente que ellos creen. Y, ¿qué pasará si M'Dunn se entera? Inmediatamente avisará diciendo que están equivocados, ¿no comprendes?

—Sí, tienes razón —convino ella—.Lo haremos en cuanto hayamos terminado con Smerith. ¿Qué piensas hacer con él?

—Lo decidiré sobre el terreno —contestó Marco—. ¡Vamos!

Abandonaron el hotel. Marco fingía estar borracho y se apoyaba en el brazo de Elvira.

En la ciudad no había otros vehículos que los de transporte de mercancías. Las personas transitaban por medio de aceras deslizantes.

Era un medio de transporte obligado, dada la peculiar construcción de la ciudad, que se albergaba bajo cúpulas transparentes que, en su base, medían quinientos metros de diámetro. La altura era de unos doscientos metros y un completo sistema de aireación facilitaba la ventilación y el mantenimiento de una temperatura constante.

Atravesaron seis cúpulas. Las calles estaban perfectamente señalizadas y rotuladas, de modo que no les resultó difícil encontrar la casa donde residía Smerith.

Era un edificio bajo, de una sola planta y rodeado de un minúsculo jardín. Sólo las personas realmente acaudaladas disponían de jardín en el planetoide. Elvira se dijo si no era un exceso de exhibicionismo por parte del agente britthariano; le pareció que debía vivir con un poco menos de lujo.

Las ventanas estaban brillantemente iluminadas y se veían muchas personas en su interior. No cabía la menor duda, se dijo Elvira, de que Smerith era un sujeto hábil: en poco menos de una hora, había organizado una fiesta por todo lo alto.

Llegaron dando tumbos. Smerith salió a recibirles y les saludó con fingido afecto.

—Está indispuesto — dijo Elvira, sonriendo.

—Le buscaremos un lugar cómodo, donde pueda descansar — contestó Smerith.

Ayudó a la muchacha a sostener a Marco y, atravesando el salón principal, lo llevaron a un dormitorio, arrojándole sobre una cama. Marco simuló quedarse dormido en el acto.

—Está como una cuba —dijo Smerith desdeñosamente.

—Es que añadí a su copa una píldora de alcohol — contestó Elvira con sonrisa maliciosa.

La mano de Smerith se deslizó a lo largo del mórbido brazo de la joven. Elvira había trocado su monopieza por un fascinante traje de noche, que permitía la visión de gran parte de sus encantos corporales.

—Es usted una joven muy emprendedora —alabó—. Me gustaría, cuando hayamos terminado con ese sujeto, sostener una conversación más íntima con usted.

Ella hizo aletear sus pestañas.

—La tendremos —prometió—. Pero antes... ¿me permite una objeción?

—Sí, hágala.

—Esta casa es demasiado lujosa. Un agente como usted, ¿no resulta conspicuo en medio de este lujo?

Smerith se echó a reír.

—Mi querida amiga —contestó—, usted ignora que soy uno de los comerciantes más prósperos del Puesto Número Cinco. Lo raro sería que viviese como un pobre y comiese en los comedores colectivos. No, tengo que mantener mi rango... y disfruto mucho, créame.

—No lo dudo —dijo ella—. ¿Salimos a divertirnos?

—Vamos

La fiesta se prolongó aún durante varias horas más. Luego, con las primeras claridades del día artificial del planetoide, los invitados empezaron a despedirse del anfitrión.

Elvira se retiró a un lugar discreto. Observó a los invitados que se iban con el mayor interés. Parecían sinceros; seguramente, ninguno de ellos conocía el verdadero papel de Smerith.

Por fin, Smerith y la joven quedaron solos.

—Vamos a ver a ese agente de Tierra Dos —dijo el brithariano.

Se encaminaron al dormitorio. Marco continuaba tendido en el lecho.

—Tiene una buena borrachera, en efecto — sonrió Smerith—. ¿Cómo le despertaríamos?

—Con una buena jarra de agua helada —contestó ella.

—Sí, es lo mejor. Voy a traerla.

Smerith salió del dormitorio. Marco abrió un ojo y miró a la

muchacha, quien le contestó con un rápido guiño.

En aquel momento, se oyeron pasos precipitados fuera del dormitorio.

Una voz de tonos broncos, harto conocida de los dos jóvenes, sonó en la estancia contigua.

—¡ Smerith! ¿Dónde está usted? ¡ Salga, pronto! ¡Hemos sufrido un error mayúsculo! ¡La chica no pertenece a nuestra red!

VIII

Elvira miró a Marco. Estaba aterrada.

Marco reaccionó de inmediato. Levantándose de un salto, corrió hacia la puerta.

En la mano llevaba ya una pistola desintegradora que había portado oculta bajo sus ropajes. Abrió la puerta y se enfrentó con Barez.

—¡ Capitán!

En aquel momento, el astronauta se volvió. Smerith salía por otra puerta, con una jarra en las manos.

Barez lanzó una horrible blasfemia. También tenía una pistola en la mano, pero resultó más lento que el joven.

Marco disparó. Barez se convirtió en humo.

Smerith estaba paralizado por el estupor. Marco le encañonó con la pistola.

—El capitán Barez tenía razón —dijo—. Se equivocaron con la señorita Belshaz.

El agente empezó a recobrarse.

—Lo mismo da —contestó—. No conseguirán su propósito.

—Veremos —dijo Marco—. Elvira, da la vuelta por detrás de él y quítale la jarra. No tengo ganas de que me la arroje.

La joven obedeció. Smerith continuaba inmóvil.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

Marco sonrió.

—Entraremos a saco en su cerebro — respondió—. Vuélvase de espaldas y apoye ambas manos en la pared. Le ofrezco la oportunidad de vivir, no lo olvide.

Los ojos del brithariano despidieron fulgores de odio.

—Aunque consigan hacerme hablar, no lograrán sus propósitos —dijo.

—No se preocupe por nosotros — contestó Marco—. ¡Vuélvase!

Smerith se resignó. Cambiándose la pistola de mano, Marco abrió una de las carteritas de su cinturón y sacó un objeto que entregó a la joven.

—Elvira, inyéctale esto en el brazo... o donde sea, tanto da.

La muchacha tomó la jeringuilla, que era de inyección automática. En el último instante, Smerith, desesperadamente, trató

de evitar la acción de Elvira, pero ella, rápidamente, apoyó la punta de la aguja en su mejilla.

Smerith gruñó, mientras se frotaba la piel con fuerza.

Marco rió.

—Es inútil —dijo—. La droga hará efecto dentro de cinco minutos.

—Lo mismo da —gruñó el brithariano. Y desdeñando la amenaza que suponía la pistola, se arrojó contra Marco.

El joven le asestó un tremendo derechazo en el estómago. Smerith se dobló sobre sí mismo.

—Los viejos procedimientos siguen conservando aún su efectividad —comentó, al propinarle el segundo golpe, éste detrás de una oreja.

Smerith se derrumbó sobre la alfombra. Sin embargo, no había perdido el conocimiento; Marco se había limitado a impedir las reacciones ofensivas de su antagonista.

Minutos después, entregaba la pistola a la muchacha.

Inclinándose sobre Smerith, lo agarró por debajo de los sobacos y lo situó en un sillón. Luego se sentó frente a él.

—Smerith, ¿me oye?

—Sí —contestó el hombre con voz opaca.

—Tengo que llegar hasta el cerebro electrónico que rige a Brithar. ¿Dónde está?

—En el interior de una montaña situada al sudoeste, a doscientos veinte grados, de la capital.

—¿Qué características tiene la montaña? ¿Es fácilmente reconocible?

—Sí. Se eleva en una gran llanura. Es un pico aislado de unos cinco mil metros de altura. La base mide veinte kilómetros de diámetro.

—Supongo que el acceso será poco menos que imposible.

—Nadie puede entrar sin un permiso especial del Consejo de Gobierno y acompañado de uno de sus miembros.

—¿Hay vigilancia?

—Humana, no.

—Es decir, que no hay centinelas.

—Exactamente.

—Entonces, ¿cómo está defendido el acceso?

—Hay una cúpula de energía en constante funcionamiento. Quien intente atravesarla, morirá en el acto.

Marco volvió los ojos hacia Elvira.

—Nos vamos a divertir —rezongó—. ¿Cómo se desconecta esa cúpula?

—Eso es algo que sólo puede hacer personalmente el presidente del Consejo y en presencia de, por lo menos, cinco miembros.

—¿No podría hacerlo por sí solo?

—No. La ley se lo impide... y, además, el cerebro estudió bien antes todos los antecedentes del presidente. No hay posibilidad de que él mismo quebrante la ley.

Marco se frotó la mandíbula.

—Elvira, ¿no se te ocurre nada para solucionar este problema?

La joven se inclinó hacia Smerith.

—Dígame, ¿qué clase de hombre es el presidente? ¿Podría yo tener éxito con él y seducirle?

—No. En ese aspecto, es absolutamente incorruptible — contestó Smerith de modo que no ofrecía lugar a dudas.

Elvira volvió los ojos hacia Marco, como pidiéndole consejo.

—Bien —dijo él, pasados unos segundos—, ya encontraremos medio de alcanzar la máquina. Lo más importante de todo es que ya conocemos su ubicación. — Se volvió hacia Smerith—. ¿Cuántos accesos tiene el cerebro? —preguntó.

—Sólo uno.

—¿Orientado hacia...?

—Justamente hacia el palacio presidencial.

Marco hizo una señal con la mano. Elvira le siguió hasta la habitación vecina.

—Bueno — dijo él —, ya tenemos lo principal, que es la situación de la máquina.

—Pero falta que encontremos el medio de entrar — dijo ella.

—Lo encontraremos. No hay sitio con una puerta en el que, tarde o temprano, no se pueda entrar. Y tiempo nos sobra, recuérdalo.

—Eso es cierto, Marco.

El joven se mordió los labios.

—Tendríamos que hacer algo con Smerith —dijo.

—No entiendo — contestó ella.

—Es muy sencillo. Los efectos de la droga le pasarán dentro de un par de horas. Recordará que el capitán Barez vino a avisarte y que tú le pinchastes en una mejilla.

—Sí.

—Por lo tanto, deducirá que la droga ha servido para que le arranquemos el secreto. Y avisará a Brithar para que estén prevenidos.

—Es lo lógico.

Marco miró fijamente a la muchacha. Elvira se estremeció.

—No lo hagas — dijo, poniéndole una mano sobre su brazo —. Tú no eres un asesino, no puedes matarle a sangre fría.

—En el Servicio, muchas veces, es preciso dejarse el corazón fuera — alegó él.

—Smerith te mataría sin lugar a dudas, pero tú no eres como él — insistió Elvira.

Marco suspiró.

—Smerith te deberá la vida, pero no creo que te lo agradezca. De todas formas, algo tenemos que hacer para cuando despierte.

—¿No se te ocurre ninguna idea menos incruenta?

—Sí —respondió Marco, sonriendo—, lo había olvidado. En mi equipaje tengo el rifle traslatorio. Iré a buscarlo; se extrañarían si te viesen entrar en la habitación de mi hotel.

Le entregó su pistola desintegradora.

—Pero, si durante mi ausencia, alguien intentase liberarlo, mátale sin compasión —añadió.

Elvira se estremeció y prometió hacerlo así.

Afortunadamente, no ocurrió nada. Marco regresó antes de transcurrida media hora.

El rifle venía dentro de un saco de aspecto innocuo. Marco entregó el arma a la joven.

—Tú sabes manejarla —dijo.

—Sí, pero, ¿adónde lo envío?

Marco reflexionó unos instantes.

—El general Kuratsov se alegrará mucho de encontrarse con este sujeto en su despacho —dijo.

Elvira marcó las coordenadas correspondientes en la pantalla de puntería. Al terminar, apuntó con el arma a Smerith.

Diez segundos más tarde, Smerith había desaparecido de la vista

de los dos jóvenes. Marco enfundó de nuevo el rifle, diciendo:

—Tienes que enseñarme a manejar este cacharrito, querida.

—Cuando quieras — contestó ella —. ¿Dónde vamos ahora?

—Tú, a tu hotel. A la noche, deberás continuar actuando. Yo ahora iré a poner un mensaje al general Kuratsov, en clave, por supuesto. M'Dunn debe ser eliminado.

Elvira asintió. No habría piedad para un traidor como M'Dunn.

* * *

Transcurrió otra semana.

En vano escrutaba Elvira los rostros de los clientes de «El León Espacial». Desde que se habían separado, Marco no había dado señales de vida.

La joven se sentía acongojada por la ausencia de Marco. La falta de noticias la tenía sumida en un estado de continua tensión. ¿Habría recibido una muerte oscura, en un encuentro que jamás se haría público?

La ciudad civil del planetoide era muy grande. Más de trescientas cúpulas, cuyo número crecía casi día a día, albergaban una fabulosa cantidad de gente de todas las procedencias.

Era una encrucijada de caminos galácticos. Se veían seres de todas las formas y todas las razas. Soldados, astronautas, contrabandistas, mineros del espacio, asesinos, pistoleros, mujeres de virtud fácil y aventureros de toda laya pululaban por las calles de la ciudad.

Los crímenes violentos estaban a la orden del día. En dos ocasiones, Elvira había tenido que defenderse de otros tantos asaltos. En uno de ellos, los ladrones dieron media vuelta sin más, cuando les amenazó con la pistola desintegradora.

En el segundo, tuvo que matar. Los asaltantes se burlaron de ella y creyeron que no usaría el arma. Elvira tenía una misión que cumplir y se abrió paso.

Se preguntaba si Marco no habría sucumbido en alguna de aquellas emboscadas callejeras. Al octavo día después de su separación, aún no sabía qué había sido del joven.

Terminada su actuación, fue a su camerino y se cambió de ropa. Cada vez que lo hacía, creía encontrarse con Marco, como había ocurrido la última vez.

Pero también en esta ocasión se vieron frustradas sus

esperanzas. Se despojó de las escasas prendas con que se cubría en el escenario y se vistió en la forma acostumbrada. Luego tomó el bolso donde llevaba el dinero, los objetos personales y la pistola, y salió a la calle.

La animación era aún extraordinaria. Unos borrachos pasaron por su lado cantando alborotadoramente, en unión de unas mujeres pintarrajeadas que no gritaban menos.

La patrulla militar brithariana pasó por su lado. Iban serios, hieráticos, rígidos, cuidando de que los soldados con permiso no se extralimitasen.

Un hombre salió a su encuentro en la próxima esquina. Era un viejo de aspecto indefinible, con el rostro surcado por las cicatrices debidas a una vida azarosa.

—Por favor, una limosna —pidió el hombre con voz aguardentosa—. Ya no me quiere nadie; no hay sitio para un tipo como yo en las astronaves...

Las ropas del sujeto estaban destrozadas y su aliento apestaba a alcohol. Elvira le miró y el hombre sonrió, ensenando una dentadura con numerosos huecos.

—Por favor, noble dama — insistió el mendigo.

Elvira metió la mano en el bolso y sacó una moneda de oro. La mano del sujeto se apoderó de la suya en el acto.

Ella estuvo a punto de gritar, pero no por el contacto físico con el astroso mendigo, sino porque acababa de notar que le colocaban un trozo de papel en la mano.

—Mil gracias, señora — dijo el mendigo, haciendo una profunda inclinación.

Elvira no contestó. Procurando contener los tumultuosos latidos de su corazón, continuó su camino.

Hubo de dominar su impaciencia y para ello tuvo que recurrir a un vivo esfuerzo de voluntad. Hasta que llegó al hotel, no se atrevió a leer el mensaje, porque estaba segura de que se trataba de un mensaje.

Lo era. No conocía la letra de Marco, pero sabía que sólo él podía haber actuado de semejante manera.

Mañana, después de tu actuación, en la Posada de las Tres Estrellas.

El mensaje no decía más. Era suficiente.

Elvira dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Aquella noche durmió con toda tranquilidad, como hacía noches que no le sucedía.

Elvira pasó de la acera deslizante a la inmóvil y de ésta a la puerta de la posada, un establecimiento de escasa categoría, cuyo interior se hallaba vivamente iluminado.

IX

Dos sirianos, seres tentaculares de movimiento reptante, pasaron por su lado. Más allá, unos comerciantes altairianos, de piel verdosa y ojos rojizos, discutían animadamente los términos de una operación de negocios.

El amplio comedor de la posada estaba rebosante de gente. Un camarero exápodo, procedente de Alfa de Orión, se acercó a la joven.

—¿Señora? —saludó.

—Una mesa, por favor —pidió ella. Al mismo tiempo, enseñaba una moneda de oro grande como un platillo de café, desgravitada, a fin de que, sin pérdida en absoluto de su valor monetario, pudiese ser llevada en los bolsillos sin que se notase su peso.

La moneda desapareció en el acto en uno de los repliegues epidérmicos del camarero. Cuatro brazos se apoderaron en el acto de la joven y la izaron en vilo.

Elvira no se extrañó de la actitud del orionita; era un gesto de mucho efecto entre la clientela. Algunos rieron y los más aplaudieron.

El orionita depositó a la joven junto a una mesa.

—¿Qué va a tomar? —preguntó.

—Traiga media botella de vino terrestre, tipo jerez.

—Al momento, señora.

Elvira se quedó sola. De Marco no se divisaba aún el menor rastro.

El camarero volvió a poco con la botella y una copa. Llenó ésta y se retiró.

Pasaron los minutos. Marco seguía sin aparecer. Elvira estaba nerviosísima.

De pronto, notó en todo su cuerpo una extraña sensación. Primero sintió calor y luego frío.

La gente gritó en torno suyo. Elvira empezó a ver todas las cosas borrosas.

Antes de que se diera cuenta de lo que le sucedía, todo cuanto la rodeaba, desapareció de su vista. Lo extraño, y maravilloso al mismo tiempo, era que no había perdido el conocimiento.

De repente, se encontró en una habitación que parecía el cuarto de un hotel. Parpadeó, asombrada. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Miró en torno suyo. La estancia se hallaba desierta.

Sobre la cama divisó una hoja de papel. Se inclinó y la tomó para leerla.

Era otro mensaje de Marco, en el que le rogaba le esperase unos minutos, ya que esperaba acudir lo antes posible.

Elvira no comprendía cómo había podido viajar desde la posada al hotel. Pero confiaba en Marco y se sentó a esperar.

Marco apareció casi media hora más tarde, cuando ya los nervios de la muchacha estaban a punto de estallar. Elvira se puso en pie y corrió a su encuentro.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué no te has dejado ver? — preguntó anhelosamente.

Marco sonrió. Lanzó a un lado el periódico y un bulto que llevaba en las manos, estrechó el talle de la joven con sus brazos y la besó con fuerza.

Pasaron unos minutos. Elvira, sentada en un diván, tenía la cabeza reclinada en el hombro del joven.

—Bien, es la hora de las explicaciones, ¿no crees? — dijo lánguidamente.

—Sí. Te dije que había conseguido una nave, ¿verdad?

—Lo recuerdo. ¿Cuándo zarpa?

—Retiraron al capitán el permiso de navegación. El contraespionaje brithariano está actuando con gran eficacia. Tuve que esconderme... y bien escondido.

—Entonces, ¿no podremos ir a Brithar?

—Claro que sí, pero tendremos que buscar un medio de transporte más adecuado.

—¿Cuál? —preguntó ella.

Marco se puso en pie y se acercó al lecho. Cogió el periódico que había traído y lo desplegó ante los ojos de la joven.

—Lee los titulares — dijo.

Ella obedeció. Segundos después, su rostro tomaba una expresión consternada.

—Brithar se dispone a poner en cumplimiento los acuerdos de la Asamblea de Hipersistema —dijo.

—Sí. Y el Subsistema de Tierra Dos niega que tales acuerdos nos obliguen. Brithar no puede crear caprichosamente un «hinterland» para protegerse de una inexistente situación de peligro, que ellos han creado expresamente a fin de cubrirse ante la opinión pública.

—¿Qué hará Tierra Dos?

—Esta vez, resistiremos. A menos que actuemos con rapidez, es la guerra. Fareni ha dicho «basta» y el Consejo le apoya unánimemente.

—Pero nuestras fuerzas son muy inferiores, Marco. En una guerra galáctica, seremos barridos en los primeros encuentros.

—No, si conseguimos inutilizar el cerebro. La flota brithariana es magnífica, pero adolece de un gravísimo defecto. Como todo el Gran Sistema en general.

—¿La guía el cerebro?

—Sí, en lo referente a los planes estratégicos. Cada nave, por supuesto, tiene cierta independencia de acción, pero el plan de ataque a Tierra Dos está elaborado ya y sus divisiones actuarán de acuerdo con las instrucciones del cerebro. Éste ha elaborado también diversos planes para las distintas contingencias que puedan surgir en el curso de las operaciones bélicas.

—Voy comprendiendo —dijo ella.

—Una nave aislada puede ejecutar un ataque aislado a un puesto aislado —siguió Marco—. Si las cosas no salen como se esperaba, el comandante elegirá otro plan de ataque. Pero el asunto es muy distinto cuando actúa una flota compuesta por centenares o tal vez millares de naves. Ante una imprevista variación de los planes trazados, el comandante de esa flota no puede decidir por sí mismo.

—Y consulta al cerebro.

—En efecto. Redacta en un mensaje, en una clave convenida, por supuesto, y lo transmite por línea subespacial, hasta la estación receptora y transmisora de la flota, conectada con el cerebro. Éste recibe los datos, los analiza y luego indica la solución.

—De modo que si inutilizamos el cerebro...

—Los almirantes britharianos tendrán que actuar por sí mismos, lo cual significará su derrota.

—Pero ¿es que esos hombres no son capaces de dirigir personalmente una flota en combate por sí mismos?

Marco sonrió.

—Son cojos mentales —contestó irónicamente—. En cuanto les falte el apoyo del cerebro, con el cual se sienten seguros, una vez tengan que enfrentarse con situaciones que nadie sino ellos habrán de resolver... bueno, imagínatelo, Elvira.

Ella asintió.

—Comprendo de sobras. Es una flota demasiado civilizada —comentó.

—Pero invencible, con el apoyo del cerebro.

—¿Y cómo vamos a llegar a Brithar?

—Voy a llegar a Brithar, mejor dicho —contestó él, mirándola fijamente.

—No te entiendo —dijo Elvira.

Marco se echó a reír.

—¿No se te ha ocurrido preguntarte aún cómo has llegado hasta aquí?

—Sí, es cierto. ¿Qué has hecho? —exclamó la joven.

Marco tomó el saco que había traído consigo y lo desató. El pesado rifle traslatorio quedó a la vista de Elvira.

—De modo que lo usaste conmigo cuando estaba en la posada —dijo ella, riendo de buena gana.

—Sí. Pensaba haberme entrevistado allá contigo, pero divisé a un tipo conocido y no quise correr riesgos.

—¿Quién, Marco?

—Garven. Estaba cenando con dos sujetos a cuatro pasos de ti. Tuvo que verte, pero disimulaba muy bien.

—Yo no me fijé en él —se excusó la muchacha.

—Es lo mismo. Cuando me di cuenta de que estaba cerca de ti, asomé el rifle por la puerta y te transporté al hotel. Naturalmente, había marcado previamente las coordenadas de mi habitación.

Los ojos de la muchacha se dilataron muy pronto.

—¡ Y ahora quieres que yo te envíe a Brithar con un disparo de ese rifle! —dijo, sumamente pálida.

—No hay otro remedio, querida. Alguien tiene que hacer el disparo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Aparecerás directamente bajo la montaña?

—No. Recuerda que está defendida por una cúpula de energía. No sé qué podría ocurrirme al traspasarla, aunque fuese de esta forma. Antes de intentarlo, habré de hacer una prueba... con un animal vivo, por ejemplo.

—¿Y cómo sabrás que el animal ha traspasado la cúpula sin daño? ¿O que le ha sido imposible atravesarla?

Marco sonrió.

—Una cúpula de energía no es, ni más ni menos, que una cúpula de electricidad a altísima tensión, sin cables, por supuesto. Puede que la velocidad de traslación sea tan grande, que un ser vivo la traspase antes de que la electricidad tenga tiempo de causar daños en su organismo. Pero si no es así... bien, el animal que yo lance, se asará.

—Y entonces, tendrás que buscar otro medio de traspasarla sin daño.

—Exactamente. Por la misma razón, tienes que darme el nombre de la persona que ha de enviar mi mensaje al Presidente, una vez haya conseguido colocar la caja en el sitio indicado.

—De acuerdo.

Elvira escribió unas palabras en un papel.

—Apréndetelo de memoria y luego destrúyelo — indicó.

—Muy bien. Mientras tanto, ¿quieres ir situando las coordenadas de Brithar en el visor del rifle?

—Sí, Marco.

Elvira manejó los controles de puntería del rifle.

Al terminar, dijo:

—Ya está listo, Marco.

—Y yo me he aprendido de memoria los datos — sonrió él.

Se acercó a la joven y la abrazó.

—¿Cuándo nos veremos de nuevo? —preguntó.

Los ojos de Elvira estaban llenos de lágrimas.

—Lo único que quiero es que vivas — dijo —. Sería muy duro, pero aunque hubiera de esperarte diez años, lo haría con gusto siempre que me garantizasen tu regreso.

Marco la besó tiernamente.

—Gracias, cariño —contestó—. Y ahora...

Pasos precipitados se oyeron de repente en el exterior. Unas

voces destempladas sonaron al otro lado de la puerta.

—Aquí está — gritó una voz conocida.

Elvira miró a Marco con expresión de terror.

—¡Son ellos! —exclamó.

—¡ El rifle, pronto! — gritó Marco.

Sonó un tremendo golpe.

—¡Más fuerte, estúpidos! —rugió Garven, en el pasillo.

Elvira se abalanzó sobre el rifle.

Marco se situó frente a ella. Elvira apretó el disparador. Marco desapareció en el momento en que la cerradura saltaba hecha trizas.

La joven tiró el rifle a un lado y se arrojó sobre su bolso. En el mismo instante, Garven franqueaba el umbral.

—¡Ésa es! —gritó—. ¡Detenedla!

Había dos hombres uniformados detrás de Garven. Elvira distinguió claramente las insignias de la policía militar brithariana.

Esta vez, se dijo, actuaban sin tapujos. Garven lanzó un chillido de pánico cuando se vio encañonado por la pistola desintegradora.

El traidor desapareció, convertido en humo. Uno de los guardias le siguió los pasos en el acto.

El otro, menos héroe, giró sobre sus talones y se lanzó a la carrera pasillo adelante. Así pudo salvar la vida.

Elvira intentó perseguirle, pero el hombre ganó la escalera antes de que pudiera usar el arma contra él. La joven regresó a su habitación.

No sentía rencor contra Marco por haberla dejado en aquella crítica situación. Por encima de cualquier consideración, Marco se debía al Servicio.

Pero ahora, el guardia que había conseguido escapar, estaría en la próxima esquina, buscando refuerzos. Elvira sabía que, inevitablemente, acabaría por caer prisionera.

Harían con ella lo mismo que ellos habían hecho con Smerith: la drogarían y arrancarían a su cerebro los secretos que poseía.

Era preciso impedirlo a toda costa. ¿Cómo lograrlo?, se preguntó, repentinamente invadida por el desánimo.

X

Marco entró en el hotel en el cual se alojaba bajo un nombre supuesto y preguntó en recepción si había algún mensaje para él.

La respuesta resultó negativa. Marco sonrió, aunque, por dentro, su espíritu distaba mucho de sentirse optimista.

Llevaba ya diez días en la capital britthariana. El traslado había sido poco menos que instantáneo — en un par de horas, había recorrido, merced a la acción de arma tan fabulosa, una distancia inimaginable.

No había tardado mucho en dar con Frank Orourky, que así se llamaba el enlace terrestre en Brithar. Había expuesto a Orourky sus intenciones y el agente las había aprobado plenamente.

Orourky conocía bien la capital. Indicó a Marco un hotel discreto y le facilitó una cantidad de moneda brithariana para sus primeros gastos. Luego le ordenó que aguardase nuevas instrucciones.

Pero habían pasado ya diez días y el mensaje no llegaba. Marco conocía el valor de la discreción y por ello no intentó siquiera contactar de nuevo con el agente del S.I.E.G.

Aquellos diez días no habían sido perdidos del todo. Marco presumía que Orourky no iba a solucionarle su problema en veinticuatro horas, por lo que al tercer día de su llegada, alquiló una burbuja y salió de la capital, aparentemente para dar un paseo.

Describió un gran rodeo, para llegar a la vecindad de la montaña bajo la cual se albergaba el fabuloso cerebro que regía la vida brithariana. Era un cono muy ancho, de trazado casi perfecto, que resaltaba en una vastísima llanura cubierta de vegetación.

Sin embargo, un sector de la llanura estaba totalmente invisible. Marco sabía, sin embargo, que millones de voltios latían silenciosamente en el espacio, amenazando con una muerte fulminante al osado que intentase traspasar tal barrera.

Los britharianos, no obstante, estaban seguros de sí mismos y de su avasallador poderío. Una valla de seguridad, de algunos metros de altura, formaba un círculo en torno a la base de la cúpula y a la suficiente distancia de ésta como para evitar intempestivas descargas de corriente.

La valla en sí no era un obstáculo intrapasable. Unos simples

alicates habrían sido suficientes para cortar el alambre de su red metálica. Pero en torno a la montaña se había establecido un gran parque de recreo y era preciso impedir las desgracias. Numerosos rótulos, por otra parte, encabezados con el clásico dibujo de la calavera y las dos tibias cruzadas, daban aviso de lo que podía suceder al imprudente que, pese a todo, intentase cruzar la valla.

Marco conocía, pues, bien el lugar. Incluso había visto la entrada, enfocada directamente al palacio presidencial. Su presencia allí no había resultado sospechosa; eran muchísimos los britharianos que acudían a disfrutar de los amenos parajes del parque.

Pero habían pasado ya diez días y Orourky no daba señales de vida. Al contestarle el recepcionista que no tenía mensaje alguno para él, Marco sintió una vez más la amarga acometida de la frustración y el desánimo.

Subió a su habitación. Para distraerse, conectó el televisor.

Presenció una representación de bailes típicos, nada divertida. Luego se proyectó un telefilme científico.

De pronto, a mitad de la proyección, un locutor la interrumpió para dar paso a una emisión de noticias urgentes.

La emisión comenzó con las notas graves del himno brithariano. Luego, otro locutor declaró que el gobierno de Brithar, en cumplimiento de las disposiciones emanadas de la Asamblea del Hipersistema, había destacado dos divisiones de la flota astronáutica, con el fin de iniciar la ocupación de los veintitrés planetas en supuesto litigio.

El locutor añadió que, insensatamente, Tierra Dos se había opuesto a tal ocupación y que había destacado una poderosa flota al encuentro de las naves britharianas.

El locutor concluyó:

—A menos que el loco que preside el gobierno terrestre ceda en sus vanas pretensiones, negándose a aceptar la decisión de la Asamblea del Hipersistema, Brithar no tendrá más remedio que hacer acatar las resoluciones por cualquier medio a su alcance.

Marco se quedó aterrado.

¡ Era la guerra galáctica!

Esta vez, los terrestres no estaban dispuestos a ceder. Pese a lo manifestado por Fareni, millones de personas iban a ceder.

Se asomó a la ventana. Las gentes de Brithar, sin embargo, iban y venían tranquilamente a sus ocupaciones.

—Se sienten seguros, porque se saben los más fuertes — pensó con amargura.

Y todavía no había podido conseguir su objetivo.

Se preguntó cómo Brithar había anticipado tanto sus decisiones. No había más que una respuesta para tal pregunta.

El servicio de contraespionaje debía de haber informado que, pese a sus precauciones, un agente terrestre se había infiltrado en la capital. Era preciso actuar antes de que el cerebro quedase inutilizado.

En su interior, Marco maldijo a M'Dunn, el traidor a su patria. Un hombre como él, había echado por tierra largos años de esfuerzos de unos seres que ansiaban, ante todo, recobrar su dignidad y querían dejar de ser pisoteados continuamente por otros que sólo se prevalecían de su condición de más fuertes.

Pero las maldiciones no resolvían nada. Sólo la acción podía impedir la catástrofe.

Era preciso hablar con Orourky cuanto antes. Orourky tenía que proporcionarle el rifle traslatorio, sin el cual, todo intento de penetración bajo la montaña estaba condenado de antemano al fracaso.

Se dispuso a salir del hotel. Antes de hacerlo, se asomó a la ventana.

Un segundo más tarde, se felicitaba por su decisión. En aquel momento, un pesado vehículo blindado se detenía frente al edificio.

Las puertas del vehículo se abrieron y un pelotón de soldados, armados hasta los dientes, desembarcaron del mismo. Varios corrieron a cubrir las distintas entradas al edificio; otros quedaron ante la puerta principal y cuatro o cinco más, al mando de un oficial, irrumpieron a paso de carga en el hotel.

El vehículo blindado, en opinión de Marco, tenía una justificación: estaba destinado a impedirle la escapatoria. Los soldados no tardarían en llegar a su habitación.

¿Habían atrapado a Orourky?

Antes de que pudiera hallar una contestación, sonó el zumbador de su visófono.

Dio el contacto. Orourky apareció en la pantalla.

—Marco, habitación doscientos diez —dijo solamente.

Y cortó la comunicación en el acto.

Marco no perdió tiempo en explicaciones. Abandonó su cuarto y salió al pasillo.

La habitación indicada estaba tres pisos más arriba. A fin de no perder tiempo, subió por las escaleras, saltando los peldaños de cuatro en cuatro.

Entró en el cuarto doscientos diez. Sintióse desconcertado al ver que estaba vacío.

Cerró la puerta. En aquel instante, sonó una fuerte explosión.

Corrió hacia la ventana. El blindado ardía furiosamente.

Alguien disparaba pequeños proyectiles contra el vehículo y sus tripulantes. Marco pensó con admiración en Orourky.

El agente estaba sacrificándose para permitirle la escapatoria. Marco podía ver los chispazos de su primitivo rifle haciendo fuego en la esquina opuesta de la calle. El fusil disparaba granadas que, pese a su pequeñez, contenían una carga de gran poder expansivo.

Pero los soldados de Brithar estaban mejor armados. La suerte de Orourky estaba echada.

Uno de los britharianos pudo enfilarle con su pistola desintegradora. Orourky desapareció tras una nube de humo.

Las sirenas policiales aullaron. Un carro de bomberos apareció a lo lejos.

Marco se separó de la ventana. ¿Qué había en el cuarto?

No tardó en distinguir una caja de forma oblonga y de regular tamaño. Era el motor de un vehículo tipo burbuja.

Sobre la tapa de la caja divisó un rótulo escrito precipitadamente.

Sector Z-1, calle 90, número 306.

Marco se preguntó cómo podría llegar hasta aquella dirección sin ser visto. Faltaban aún varias horas para la llegada de la noche y era presumible que los soldados de Brithar registrasen el hotel del tejado a los cimientos.

A fin de estar prevenido, marcó la dirección señalada en el indicador correspondiente. Luego se situó junto a la puerta, que dejó entreabierta.

Desde allí, podía ver el pasillo. Marco hubo de esperar una hora larga antes de que viera a los cuatro primeros soldados en aquel

piso.

Uno de ellos ostentaba los galones de sargento y movió la mano imperativamente. Marco tensó sus músculos.

Los soldados empezaron a registrar las habitaciones una por una. Cinco minutos después, alguien abrió la puerta de su cuarto.

Marco dejó entrar al britariano. Luego le atacó súbitamente por detrás.

El soldado se desplomó sin saber qué le había ocurrido. Marco se inclinó sobre él, no sin antes haber cerrado la puerta cuidadosamente, y le despojó de sus ropas.

—Es una gran ventaja esto de los tejidos elásticos — se dijo, mientras se disfrazaba con el uniforme brithariano.

El tejido elástico permitía la adaptación de la prenda a cualquier talla. En pocos minutos, Marco estuvo vestido y equipado como un soldado brithariano más.

La caja de la burbuja tenía un asa que permitía su transporte manual en caso necesario. Con ella en la mano izquierda, Marco salió al corredor, apoyando la mano derecha en la culata de la pistola desintegradora.

Se dirigió hacia la escalera que conducía a los pisos superiores. Los otros soldados no habían salido todavía.

Minutos después, estaba en la azotea. Había allí dos soldados de guardia.

Los britharianos se dieron cuenta demasiado tarde de que Marco no pertenecía a su patrulla.

—Lo siento —dijo.

Y apretó el gatillo de la pistola dos veces en rápida sucesión.

Inmediatamente, hizo funcionar el mecanismo de extensión del tejido elástico de la burbuja. Pasó a su interior y puso el aparato en marcha.

La burbuja se elevó unos metros en el aire y luego partió raudamente con rumbo a la dirección indicada. Aunque Marco se había estudiado a conciencia el plano de la capital, le faltaba, sin embargo, la práctica que podía haberle conferido una más larga estancia en la misma.

Numerosas burbujas flotaban en el aire, volando en distintas direcciones. Marco vio que incluso algunas de ellas estaban ocupadas por hombres de uniforme.

Minutos más tarde, la burbuja empezó a perder altura. Treinta segundos después, el aparato se detenía en la terraza de una casa de dos pisos, rodeada de un pequeño jardín.

Marco salió fuera de la burbuja. Una escotilla en el techo le permitió adentrarse en el interior del edificio.

Descendió poco a poco, pistola en mano. No sabía con qué ni con quién se iba a topar en aquella casa.

Una voz sonó de pronto:

—... La intimación lanzada por el comandante supremo de la flota, en nombre del Consejo brithariano, ha sido desoída por el megalómano que dice gobernar Tierra Dos. En consecuencia, el Estado Mayor de la flota brithariana se ha considerado desligado de todo compromiso...

Marco apretó los labios.

Los cohetes estarían volando hacia Tierra Dos. La capital sería destruida en pocos momentos.

¡ Y el cerebro seguía funcionando!

Abrió del todo la puerta de la habitación donde había sonado la voz del locutor. La estancia se hallaba a oscuras parcialmente, iluminada tan sólo por el tenue resplandor que se desprendía de la pantalla del televisor.

Marco avanzó dos pasos. De pronto, distinguió la silueta de una persona, sentada frente al televisor, escuchando el noticiario con gran atención.

El joven hubo de esperar algunos segundos hasta que sus pupilas se hubieron acomodado a la penumbra que reinaba en la estancia. Entonces reconoció a la persona.

Un grito se escapó de sus labios, con ansia incontenible.

—¡ Elvira!

XI

Lentamente, ella se puso en pie. Sus ojos miraban a Marco como si no diese crédito a lo que estaba viendo.

—Marco —susurró.

El joven avanzó hacia Elvira y la estrechó fuertemente contra su pecho. Ella sollozó con fuertes espasmos.

—Hemos llegado tarde —dijo al cabo de unos momentos.

—Aún no —contestó él—. Tierra Dos no ha sido destruida.

—Pero el cerebro sigue funcionando. Todavía dirige la flota invasora.

—La guerra no ha hecho más que empezar — alegó Marco—. No somos tan débiles como para dejarnos arrasar del primer manotazo.

—Me gustaría sentir tu optimismo — dijo Elvira.

Marco la condujo hasta el sillón.

—Repito que aún no está todo perdido. Dime — pidió—, ¿cómo has conseguido llegar hasta aquí?

A pesar de su depresión, Elvira sonrió al escuchar aquella pregunta.

—Pues... —contestó—, empleando el sentido común.

—Habrás pensado mal de mí —dijo Marco—. Te deje sola...

—No te preocupes. Tenías que llegar a Brithar. — Ella se puso seria de repente—. Tuve qué matar a Garven y también a uno de sus acompañantes. El otro consiguió escapar.

—Iría en busca de refuerzos, supongo.

—Eso creo yo — contestó Elvira, sonriendo.

—Sí, ya me imagino que no te quedaste allí para esperarlos — dijo él. De pronto frunció el ceño —: Lo que no me explico es cómo te las arreglaste para llegar aquí.

—Utilizando la técnica del suicida que quiere hacer desaparecer también el arma mortal.

—No entiendo —manifestó Marco, lleno de perplejidad.

Elvira se puso en pie. El rifle traslatorio estaba en un sillón próximo.

—Lo usé conmigo — explicó la muchacha —. Fue una intentona digamos a la desesperada, pero salió bien.

Marco la contemplaba con infinita admiración. Elvira continuó:

—Ya tenía establecidas las coordenadas de Brithar, así que lo

único que tuve que hacer fue situarme frente al rifle, agarrarlo con la mano izquierda y...

—Y apretar el gatillo, ¿cómo?

—Por supuesto, no llegaba con la mano libre. Pero la distancia no era tanta y el gatillo, además, es sumamente sensible. No se trata de un arma mortífera en la que cierta dureza del disparador resulta indispensable, a efectos de seguridad. Simplemente, con una cuartilla enrollada muy finamente, lo que la transformó en una varilla que resultó suficiente para mis deseos. Toqué el disparador... *et voilá!,* como decían antiguamente no sé quiénes.

—Unos terrestres llamados franceses — sonrió él—. Pero han pasado diez días desde entonces. ¿Cómo no me avisaste antes?

—La verdad es que algo debió interferir mi viaje por el subespacio, puesto que no llegué a las inmediaciones de la capital, como debió de sucederte a ti. Lo creas o no, materializé en los antípodas. Y el viaje hasta aquí ha sido muy largo; no podía hacerlo por los medios rápidos, ya que me suponía que el contraespionaje brithariano debía de tener agentes por todas partes.

—Desde luego. ¿Cuándo viste a Orourky?

—Ayer mismo. Él dijo que estaba preparando todo para que pudieras actuar y me dijo que no me moviera de aquí. Ya no le he vuelto a ver más.

Marco se puso en pie y dio una vuelta por la estancia.

—Estuvo en mi hotel y me preparó todo para una posible escapatoria, como así ha sucedido, pero, en cambio, el que no ha tenido tiempo de escapar ha sido él. Sólo me dejó esta dirección, junto con una burbuja, aunque sin añadir más detalles.

—¿Qué le ha sucedido?

—El contraespionaje brithariano averiguó por fin mi escondite. Orourky entretuvo a los soldados, atacándolos para darme tiempo a escapar. Al final, lo mataron.

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—Es una muerte más que habrá que cargarse en la cuenta de estos asesinos — dijo.

—Sí. Y lo peor es que, según he oído, la flota se dispone a atacar a nuestro Subsistema.

Ella le puso una mano sobre el brazo.

—¿No hay manera de evitar ese ataque? —preguntó

afligidamente.

—Sólo una, pero, aun así, tampoco se podrán evitar acciones aisladas. Los planes estratégicos sufrirán una total alteración, por supuesto, y ello permitirá que nuestras naves contraataquen victoriosamente. Sin embargo, habrá muchos combates todavía y se producirán infinidad de bajas.

Los ojos de Elvira brillaron con odio.

—Siempre he detestado la violencia, pero ahora me gustaría encontrar reunidos a todos los miembros del Consejo de Brithar para hacerlos volar por los aires.

—Y otros tomarían sus puestos —contestó Marco resignadamente—. No, ésa no es la solución. La solución — añadió —, estriba en hacerles comprender que no pueden ganar esta guerra.

—Tal vez los primeros cohetes están volando ya hacia nuestra capital — apuntó ella.

—Es lo más probable, aunque no podemos hacer nada en ese sentido ya. Lo único que nos resta por hacer es intentar llegar a la caverna donde está la máquina.

—Tenemos ese rifle traslatorio —dijo ella.

—Sí, pero ¿qué me dices de la barrera de energía? No me gustaría morir, aunque si fuese necesario, me resignaría a ello. Pero morir estúpidamente, sin conseguir ninguna ventaja, aún resultaría peor.

—Tienes razón —convino Elvira desanimadamente.

Anochecía ya. Durante unos momentos, ambos guardaron silencio.

De pronto, Marco dijo:

—A ti no te han localizado todavía, ¿verdad?

—No. De lo contrario, no estaría contigo.

—Bien. Entonces, aún tenemos una posibilidad. ¿Cómo andas de dinero brithariano?

—Más bien regular — sonrió ella.

Marco sacó un puñado de billetes. Había trasladado todos sus efectos al uniforme del soldado.

—Con dinero no hay nada que falle — dijo —. Ve a la ciudad y busca una tienda donde vendan animales domésticos. Cualquiera, aunque sea un simple canario.

—Quieres lanzarlo antes contra la barrera de energía, ¿no es cierto?

Marco asintió sonriendo.

—Será la prueba definitiva. Si no… Bueno, dejemos de pensar en eso por unos momentos. Anda, date prisa.

Momentos después, Elvira había abandonado la casa. Marco quedó solo ante el televisor, que seguía funcionando.

Pasaron algunos minutos. De pronto, un locutor apareció en la pantalla y anunció que el Muy Serenísimo Presidente del Consejo de Gobierno, Kalman Backenny iba a dirigir la palabra a su pueblo, a fin de explicar y justificar las circunstancias por las cuales se había iniciado la conflagración.

—Argumentos no le faltarán para justificar lo injustificable —masculló Marco. Y sin querer escuchar a Backenny, se puso a buscar la cocina.

Tenía hambre. Se preparó unos bocadillos, buscó una lata de cerveza, puso todo en una bandeja y con ella en las manos regresó a la sala.

Backenny continuaba hablando ante las cámaras. Era un hombre de mediana edad y expresión astuta.

Su oratoria era pausada, sin prisas, recreándose en cada frase, corno si se escuchase a sí mismo.

El Presidente dijo que en el plazo de doce horas, los primeros cohetes caerían sobre la capital de Tierra Dos, a menos que el rufián de Fareni cediese a lo ordenado por la Asamblea. Marco sintió deseos de tirarle algo a la cara.

—Debiera enviarle una buena pedrada con el rifle traslatorio —gruñó.

Y, de pronto, algo pareció estallar dentro de su cerebro.

—¿Para qué tirarle nada? —sonrió, felicitándose «in mente» por la idea que acababa de concebir.

Dejó la bandeja a un lado. Durante los días pasados, había recorrido la capital en su mayor parte.

Conocía el emplazamiento del palacio presidencial. Tomó el rifle y marcó en el visor las coordenadas de las habitaciones de Backenny.

El Presidente terminaba de hablar en aquel momento. El locutor apareció de nuevo y anunció que la conexión con el despacho

privado de su excelencia había sido cortada.

—Mucho mejor todavía — dijo el joven.

Recordó lo que había hecho Elvira. Antes de marcharse de allí, escribió una nota en un papel, dejándolo en sitio visible.

A continuación, encaró el rifle contra su cuerpo. Con el propio lápiz que le había servido para escribir la nota, presionó el gatillo.

Segundos después, se materializaba en el mismo despacho que había visto a través de la pantalla.

La habitación estaba desierta. Era lógico; Backenny debía de haberse retirado a descansar.

Caminando de puntillas, llegó hasta la puerta que abrió. Había un guardia en el extremo opuesto del corredor.

Marco volvió a cerrar. Señaló unas coordenadas en el visor del rifle. Se divirtió muchísimo, pensando en la sorpresa del centinela cuando se viese aparecer en uno de los puestos del Espolón de Kasser.

Segundos más tarde, el centinela viajaba a través del espacio. El paso quedó libre para Marco.

Antes de salir, manipuló nuevamente en el visor del aparato. Luego cruzó el pasillo y se dirigió a la puerta que hasta entonces había estado custodiada.

Se hallaba cerrada con llave por dentro. Marco no se amilanó.

Pendiente de su cinturón llevaba un arma de efectos mucho peores que el rifle traslatorio. Sacó la pistola desintegradora y la cerradura se convirtió en polvo.

Empujó la puerta. Backenny salía del cuarto de baño en aquel momento, atándose el cinturón de la bata.

—¿Ocurre algo, guardia? —preguntó.

Repentinamente, se dio cuenta de que había cerrado con llave por dentro.

—¡ Usted es el espía! — gritó.

Y se abalanzó sobre un visófono que había sobre una mesita próxima.

Marco pulverizó el aparato de un solo disparo. Backenny se detuvo, aterrado.

—Vamos a hablar como personas —dijo el joven—. Sí, soy el espía, pero ya ha podido ver que todos sus servicios de contraespionaje no han sido suficientes para detenerme.

Backenny hizo un esfuerzo para hablar.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó.

—Solo una cosa: contraorden a la flota.

—No puedo.

Marco alzó los ojos.

—El Presidente es el comandante supremo de las fuerzas armadas. ¿Quiere decirme que sus almirantes no obedecerán una orden emanada de su comandante en jefe?

—No lo entendería usted —respondió Backenny—. Ya no está en mis manos detener o aplazar el ataque sobre Tierra Dos.

—Expliqúese, por favor.

—Usted ha venido a Brithar a realizar una misión, ¿no es cierto?

Marco asintió.

—Demasiado lo saben. Había un traidor en el S.I.E.G. nuestro.

—Cuestión de puntos de vista. Nosotros consideramos a M'Dunn como un héroe.

—Es posible —admitió el joven—, pero las calificaciones no alteran los hechos. Siga, Presidente.

—Yo no puedo dar la orden de retroceder, una vez ha sido iniciado el avance sobre Tierra Dos. Sería preciso establecer un nuevo programa de datos, que anulase todos los anteriores formulados hasta el momento. Eso llevaría tiempo.

—¿Cómo cuánto?

Backenny se encogió de hombros.

—Semanas, meses tal vez.

Marco sintió que hervía en ira.

—Eso significa que Tierra Dos va a ser destruida.

—A menos que se rinda, desde luego.

—Es decir, que de ahora en adelante, los almirantes sólo obedecerán las órdenes de la máquina.

—Exactamente. A cada cambio de situación en los planes de ataque, efectuarán una consulta y la máquina responderá con un nuevo plan. Pero el de retirada no ha sido ni siquiera programado, por lo que la máquina no daría ninguna respuesta en caso de que se le formulase semejante consulta.

Marco apretó los labios.

—Así que antes de doce horas, los primeros cohetes caerán sobre Tierra Dos.

Backenny asintió.

—Sí. Los britharianos tenemos la necesidad de preservar el Espolón...

—¡Preservar un inicuo despojo! —cortó el joven airadamente—. Se llaman pacifistas y amantes de la libertad, pero sólo desean la paz y conceden la libertad que les conviene. Presidente, ¿no ha estado usted nunca en una ciudad que ha sufrido el ataque de una flota cósmica?

Backenny se puso rígido.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Usted no puede dar contraorden, pero conocerá por experiencia propia lo que van a sufrir los terrestres cuando las bombas empiecen a estallar sobre sus cabezas. ¡Vaya a Tierra Dos y muera allí con ellos!

Backenny lanzó un agudo grito de terror cuando vio que el joven le apuntaba con el rifle traslatorio. Quiso escapar, pero la primera descarga le alcanzó de lleno.

Momentos después, Marco meneaba la cabeza:

—Pobre consuelo es — masculló desanimadamente.

XII

Elvira acogió con un audible suspiro de satisfacción la vuelta del joven.

—¿Dónde has estado? — le preguntó.

—Con Backenny, el Presidente de Brithar.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¡ Cielos! ¿Y has conseguido volver?

—Estoy aquí, ¿no? —respondió él malhumoradamente.

La joven se alarmó.

—Por favor, Marco, ¿qué te ocurre? —inquirió, agarrándole por un brazo.

—Ya no hay remedio. Tierra Dos va a ser destruida.

Elvira palideció horriblemente.

—¡Marco! —gimió.

El joven explicó lo ocurrido en el palacio presidencial. Luego añadió:

—Y ¿de qué nos sirven los esfuerzos realizados? Hemos perdido el tiempo...

—¡Marco! Tú no has perdido el tiempo —le reprochó ella—. Se te confió una misión y tu deber es ejecutarla hasta el último punto. Lo que ocurra antes, durante o después, fuera de la esfera de tu acción, no debe importarte en absoluto.

—Pero es que aunque coloquemos la caja en el sitio indicado, la flota britharïana continuará con su plan de operaciones.

—¿Te importa a ti mucho lo que hagan las naves britharianas? ¿No tienes un papel definido que desempeñar?

—¡Sí, pero millones de personas van a morir! — gritó Marco descompuestamente. Crispó los puños—. ¡Oh, sólo quisiera poder desviar la flota britharïana para que arrasase este inmundo sistema...!

—Con lamentaciones no adelantarás nada —le reprochó ella—. Actúa como te indicaron. Es decir, si tienes la caja.

—La tengo — contestó él.

Elvira le miró fijamente.

—Marco, no puedo demostrarlo, porque hay cosas que no deben decirse por escrito. Deberás creerme!.., pero el Presidente Fareni delegó en mí su autoridad para resolver cualquier problema que

pudiera surgir durante nuestra operación. En virtud de esa autoridad, te ordeno que ejecutes tu misión como te fue explicada.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es ésa tu decisión? —preguntó él.

—Sí. —Los labios de la joven temblaron—. Marco, no me gustaría recibir una negativa de tus labios.

La mano de Elvira se apoyaba sobre la culata de su pistola. Marco captó el detalle y sonrió débilmente.

—No dejaré que cargues tu conciencia con una ejecución sumaria — contestó al cabo—. Iré, Elvira.

Ella corrió hacia Marco y se le abrazó estrechamente.

—¡Oh, Marco, no dejemos que las rencillas nos separen! Tierra Dos está condenada a la destrucción, pero, al menos, procuremos que esos infelices que van a morir puedan saber desde el más allá que dos de sus compatriotas intentaron que se les hiciera justicia.

—Sí, tienes razón — concordó él, besándola en una mejilla—. ¿Cuándo partimos?

—Ahora mismo, si tú quieres. — Elvira se separó de él, enjugándose las lágrimas—. Traje un perrito de dos meses de edad. Servirá de «test» para la barrera de energía.

Marco reparó entonces en el animalito, que estaba en una cestita de mimbre artificial, almohadillada por dentro.

—Es un cachorro de lobo — dijo, acariciándole la cabeza.

—Sí. Se llama «Dizar»..., pero eso es lo de menos ahora. Marco, ¿conoces las coordenadas de la franja entre la barrera de energía y la valla metálica?

—Sí, desde luego.

—Enviaremos primero a «Dizar», luego irás tú y a continuación me reuniré contigo. ¿Te parece bien?

—Magnífico.

El joven manipuló en el visor de puntería del rifle. Momentos después, encaraba el arma hacia el perrito.

«Dizar» desapareció a los diez segundos. Marco se situó frente al cañón del rifle momentos más tarde.

—Ahora —dijo, sonriendo.

Elvira hizo funcionar el disparador. Marco se esfumó rápidamente.

A continuación, la joven se dispuso a trasladarse a sí misma. En

aquel instante, oyó voces en el exterior.

Se asomó a la ventana. El terror invadió su ánimo durante un instante.

El jardín estaba lleno de guardias uniformados.

Una vez más, había sido descubierto su escondite. Elvira se dio cuenta de que no tendría tiempo de escapar.

Apuntó con el rifle al primer soldado y disparó. Confió en que Marco supiese solucionar aquella emergencia.

Los guardias se dispersaron al ver desaparecer a su compañero. Uno de ellos disparó su pistola contra la casa, abriendo un enorme boquete en la pared, pero el jefe le ordenó a gritos que cesara en sus disparos.

—¡ Nos interesan vivos los espías! — gritó.

Elvira sintió miedo por un momento. Si la detenían, averiguar el secreto de la cajita misteriosa y anular sus efectos, aunque Marco consiguiera colocar la suya en el sitio indicado, resultaría un juego de niños para el contraespionaje brithariano.

Era preciso hacer algo. La repugnaba, pero no le quedaba otro remedio.

De dos disparos hechos con su pistola desintegrador, hizo desaparecer a otros tantos soldados. Los demás se retiraron a una distancia prudencial.

Desesperadamente, Elvira buscó un objeto que le ayudase a apretar el disparador del rifle. Fuera, en el jardín, bramó un megáfono:

—¡ Entregúense! ¡ Prometemos respetar sus vidas!

Elvira hizo un disparo en dirección al altavoz. Un árbol resultó tronchado por la descarga y su copa se abatió sobre los hombres que se hallaban debajo.

De pronto, Elvira divisó sobre una mesa el lápiz con el que Marco le había dejado escrita una nota.

Corrió hacia la mesa, agarró el lápiz y se encaró el rifle hacia sí misma.

En el mismo instante, un hombre armado apareció por la brecha abierta momentos antes.

—¡Alto! ¡Quieta o...!

Elvira empujó el lápiz. Los objetos que la rodeaban empezaron a perderse de vista.

Momentos después, se corporeizaba en el exterior, bajo las estrellas. Los tres satélites de Brithar emitían una luz penumbrosa, aproximadamente la mitad de la reflejada por la Luna terrestre.

El silencio era absoluto. Elvira distinguió a poca distancia la oscura silueta de la valla de prevención.

Sus ojos se acostumbraron rápidamente a la escasa iluminación. A lo lejos, podía divisar la oscura masa cónica de la montaña.

—¡ Marco! — gritó.

Su voz se perdió en la llanura. Empezó a sentir una cosa muy parecida al miedo.

Volvió a llamar a Marco. Sólo el silencio contestó a sus desesperadas apelaciones.

Avanzó unos pasos. Debía moverse con cuidado, se dijo, a fin de evitar sufrir los efectos de la barrera de energía, que podía convertirla en carbón instantáneamente.

—¡ Marco! — gritó una vez más.

Esta vez sí tuvo respuesta. Pero no fue la que esperaba.

Un débil sonido llegó a oídos de la joven. Más que ladridos, eran gemidos de un pequeño animal separado no hacía mucho de su madre.

Guiándose por los ladridos, Elvira llegó hasta donde se hallaba «Dizar», aún dentro de la cestita.

—¡Marco, Marco! —gritó una vez, más, arrodillada en el suelo y con «Dizar» ya en sus brazos.

No había el menor rastro del joven. Sin atreverse a abandonar aquel lugar, Elvira permaneció inmóvil hasta las primeras claridades del alba.

Cuando llegó la luz, divisó un pequeño bulto negro a poca distancia. Caminó aprensivamente. A poco pudo distinguir algo que le llenó de horror.

Era el cadáver de un hombre completamente carbonizado. Al recibir la descarga, su cuerpo se había reducido de volumen de una manera increíble.

Elvira cayó de rodillas y rompió a llorar incontenIblemente. Así la encontraron los soldados de la patrulla brithariana destacada en su búsqueda.

* * *

Proyectado por la descarga del rifle traslatorio, Marco Vyder

apareció en la irania de terreno situada entre la valla metálica y la barrera de energía.

«Dizar» gemía a corta distancia. Marco se acercó al cachorrillo y le pasó la mano por el lomo, calmándole a los pocos momentos.

Esperó a Elvira. La joven se retrasaba.

Se puso en pie, mirando en torno suyo. ¿Había sufrido la joven algún error en la marcación de sus propias coordenadas?

No podía ser; las coordenadas eran idénticas para ambos. El rifle podía seguir enviando persona tras persona al mismo sitio, en tanto le durase la carga de energía teleportadora. Y el arma apenas se había utilizado, de modo que...

Una silueta humana apareció a poca distancia. Marco se agazapó en el suelo.

Los contornos de aquella figura le indicaron claramente que no era Elvira. ¿Por qué había venido aquel soldado en lugar de la joven?

El guardia se sentía atónito. Marco le observó atentamente.

Sus ojos se habían acostumbrado ya a la semios-curidad del lugar. Además, estaba allí, prevenido de su traslado, en tanto que el guardia, era evidente, había llegado no sólo sin saber lo que le iba a ocurrir, sino también ignorante del punto al cual había sido catapultado.

«Dizar» volvió a gemir. El guardia sacó su pistola desintegradora. .

—¿Quién anda ahí?

Marco se tendió silenciosamente en el suelo. El guardia dio unos cuantos pasos.

—Es sólo un perro — dijo despectivamente.

Luego se irguió. Marco adivinó sus pensamientos.

El cachorrillo no podía haber llegado allí por sí solo. Ni aun siendo un animal adulto habría podido salvar la valla de alambre.

Marco dejó que el guardia pasara a pocos metros de distancia. Entonces, levantándose silenciosamente, corrió tras él y se dispuso a golpearle en la nuca.

El sujeto presintió su llegada y se volvió, pistola en mano. Marco falló el golpe a medias, pero pudo lanzar al guardia a unos pasos de distancia.

Marco saltó hacia él. El guardia había perdido su pistola.

Sin embargo, era un sujeto fuerte y robusto. Se levantó en el acto y esperó a pie firme la acometida de Marco.

Rechazó el primer asalto del joven. Ahora fue Marco el que rodó por tierra, medio atontado por el golpe recibido en la mandíbula.

El guardia se precipitó sobre su pistola. Marco se incorporó de un salto y se arrojó sobre él, sujetándole la muñeca antes de que pudiera utilizar el arma.

Los dos hombres forcejearon salvajemente por asegurarse la posesión del arma. De pronto, Marco pudo conectar su puño derecho al mentón de su adversario.

El guardia salió catapultado hacia atrás. Marco se dio cuenta de que, esta vez, a pesar de todo, no había soltado la pistola, aferrándose a ella instintivamente.

Desenfundó la suya. No podía andarse con remilgos.

Súbitamente, un tremendo relámpago estalló en la noche. Se oyó un agudísimo chasquido, que ensordeció a Marco, el cual fue rechazado hacia atrás por una fuerza tan potente como invisible.

Permaneció unos momentos inmóvil en el suelo, aturdido, sin saber qué había ocurrido exactamente. Al cabo de un rato, empezó a recobrar la conciencia de sí mismo y pudo sentarse en el suelo.

Manchas de todos los colores danzaban aún una frenética danza ante sus ojos, como consecuencia del deslumbramiento producido por el relámpago cuyo origen no acababa de entender del todo.

Minutos después, pudo incorporarse. Entonces divisó un pequeño bulto oscuro en el suelo.

Ello le permitió comprender lo ocurrido. El guardia había chocado contra la barrera de energía. Posiblemente, pensó Marco, la pistola había ayudado a la destrucción momentánea de la misma al estallar en el momento de recibir los terroríficos efectos de la descarga.

Inclinándose, recogió una piedra y la tiró hacia adelante. Según sus informes, la barrera rechazaba todo, cualquier objeto.

La piedra cayó veinte metros de distancia. Marco sonrió satisfecho.

El paso estaba libre. Pero ¿por qué no venía Elvira?

Confió en que la muchacha supiera discernir la verdad cuando se llegara a la franja. No podía perder ya más tiempo.

Sin embargo, antes de abandonar aquel lugar, creyó conveniente

hacer una cosa.

Corrió hacia la valla metálica y disparó un par de veces, abriendo en ella un orificio capaz de permitir el paso de una persona. Luego, girando en redondo, se encaminó hacia la montaña.

Se tocó el lado izquierdo del pecho. Allí estaba la cajita que había de destruir el cerebro que regía la vida de Brithar.

XIII

Clareaba ya cuando llegó a la entrada del túnel que conducía al interior de la montaña.

No había ningún vigilante. Marco pensó que los britharianos debían de haber confiado demasiado en su pretendidamente invulnerable barrera de energía, para tener abandonada y sin vigilancia el acceso al interior de la montaña.

Marco volvió la cabeza. En línea recta con la boca del túnel, invisible por la distancia, estaba el palacio presidencial.

Pero su ocupante había desaparecido. Backenny conocería ahora el terror de las explosiones que iban a devastar Tierra Dos.

Resueltamente, se adentró en el túnel, de paredes absolutamente lisas. Su anchura hubiese permitido el paso de tres personas al mismo tiempo.

La luz se fue alejando a sus espaldas. Marco torció el gesto; no disponía de ninguna lámpara.

Súbitamente, el suelo se puso en movimiento. Marco estuvo a punto de caer hacia atrás.

Al mismo tiempo, el túnel se iluminó brillantemente. Marco recobró el equilibrio y sonrió.

Una acera deslizante se había puesto en movimiento de modo automático. La luz funcionaba de la misma manera.

Calculó la velocidad de la acera en unos quince kilómetros por hora. Treinta minutos más tarde, apareció en una caverna de tamaño inimaginable.

Apenas si podía divisar el techo, pese a la iluminación. Frente a él, divisó las primeras secciones de la máquina.

La acera continuó transportándole. Creyó que la máquina no se acababa nunca.

Era un cajón de dimensiones fabulosas. Marco calculó su altura en más de cincuenta metros. Respecto a la longitud y a su profundidad, se sintió incapaz de aventurar cálculo alguno.

Suponía que, además de lo que estaba viendo, debía de haber un gran espacio de máquina bajo tierra. Se preguntó dónde estaba el lugar en que se formulaban las consultas.

Mil metros más adelante, la acera le dejó en lo que parecía una plazoleta de sección semicircular. La máquina tenía un hueco en

aquel punto, en unos treinta metros de ancho.

En el centro vio varias consolas y asientos. Allí se formulaban las preguntas y se ejecutaban los programas de actuación de la máquina.

Dejó la acera. No había nadie en aquel lugar. Era evidente que los programas habían sido realizados a largo plazo.

Bajo sus pies notó la tenue vibración de la máquina en constante funcionamiento. Avanzó en silencio y rodeó la batería de pupitres, cada uno de los cuales estaba dotado de un monitor de televisión.

El centro estaba ya al alcance de su mano. Sacó la cajita.

De súbito, oyó unos gritos.

La caverna amplificaba los sonidos.

—¡ De prisa, de prisa! — gritó alguien.

Marco saltó hacia adelante y situó la cajita en el mamparo más próximo. La cajita se adhirió por medio de unos imanes.

No ocurrió nada. Marco se preguntó si no era todo un colosal «bluff».

Un grupo de hombres armados apareció frente a él.

—¡ Ahí está! — vociferó uno, apuntándole con su pistola.

Marco alzó las manos. El jefe de los guardias asestó un manotazo al sujeto que se disponía a tirar contra el joven.

—¡Quieto, estúpido! —dijo—. Podrías inutilizar la máquina.

—Está inutilizada ya —sonrió Marco.

Iba a morir y se resignó a la idea. Sólo le dolía no poder ver a Elvira antes de desaparecer de este mundo.

El oficial se acercó a Marco y le contempló airadamente. Marco soportó su mirada con estoicismo.

Súbitamente, el oficial hizo algo imprevisto: ebrio de ira, disparó su pie derecho.

Marco sintió un dolor lancinante en la pierna izquierda. El ramalazo de dolor le llegó al mismo tiempo que el chasquido de sus huesos fracturados.

Cayó al suelo. El oficial le pateó la mandíbula.

Marco perdió el conocimiento.

Ya no pudo ver más. Sonriendo con aire satisfecho, el oficial arrancó la cajita y se la guardó en el bolsillo.

—Llévenselo —ordenó a sus hombres.

* * *

El oficial de Estado Mayor de una división de la flota britthariana recibió una orden emitida por el cerebro

Tras descifrarla, se la paso al almirante. El almirante ordeno que se cumpliese a rajatabla.

—Pero, señor… —se atrevió a decir el oficial.

El almirante le miró con severidad.

—¿Se atreve a dudar del cerebro?

—No, señor.

La orden fue comunicada a las naves de la división. Trescientos comandantes de espacionave introdujeron en sus predictoras de rumbo nuevos datos para otras órbitas.

Trescientas naves se sumergieron en el subespacio, lanzándose hacia un nuevo objetivo. Al reaparecer en el espacio normal, lo hicieron a cortísima distancia de un planeta deshabitado.

Una tras otra, las trescientas naves, impotentes sus capitanes para rectificar el rumbo, se estrellaron contra el planeta. La superficie del astro ardió en feroces llamaradas nucleares durante horas.

* * *

El cerebro dictó una orden sobre producción de alimentos.

Las fábricas brithariaňas, altamente automatizadas, la cumplieron sin demora.

Los alimentos se envasaron mal. Empezaron a corromperse.

Se iniciaron los primeros motines.

Los medios de difusión de noticias brittharianos empezaron a publicar los últimos comunicados, recibidos a través del cerebro.

Se predecían catástrofes sin cuento. Relatos de motines entre los tripulantes de la flota de guerra aparecieron en los diarios de papel y en los de la televisión.

Se anunció que bandas armadas sin control recorrían las ciudades, saqueando y matando por todas partes. El terror empezó a cundir por doquier.

Los comunicados desmintiendo aquellas noticias no fueron creídos. El desorden aumentó.

* * *

Las noticias falsas llegaron también a la flota.

Los tripulantes se enteraron de que Brithar estaba siendo invadido. Los invasores conocían al dedillo los menores detalles.

Sabían perfectamente el nombre y domicilio de cada familiar de todos los astronautas.

Los tomaban en rehenes y las ejecuciones darían comienzo si los comandantes de cada nave no daban orden de regresar de nuevo a sus bases de partida.

El Estado Mayor desmintió tales infundios. No fue creído.

La disciplina brithariana, famosa en la galaxia, modelo de las tripulaciones de las demás flotas, se rompió. Saltó en mil pedazos.

Los astronautas se amotinaron. Exigieron la suspensión de hostilidades.

Algún comandante de astronave quiso negarse. Fue inútil; los rebeldes pasaron, y no metafóricamente, por encima de su cadáver.

El caos y el desorden reinaban en Brithar. El gobierno estaba desbordado.

Tierra Dos exigió la evacuación del Espolón de Kasser, el cese inmediato de las hostilidades y el pago de una fortísima indemnización como compensación por las destrucciones originadas en el primer y único ataque a la capital.

Era una situación completamente nueva. Jamás le había sido planteada al cerebro.

Brithar se rindió.

XIV

Marco Vyder contempló las ruinas de la ciudad.

El planeta estaba desierto. No había sido ocupado de nuevo.

La gente sentía aún un temor supersticioso por las radiaciones. No había tal. El tiempo pasado había dejado el suelo completamente «limpio».

Marco se preguntó por qué había vuelto a Tierra Dos. Siete años habían transcurrido desde entonces.

La capital había sido instalada en otro planeta del Subsistema. Sin Elvira, él se consideraba solo.

No había vuelto a saber más de la joven. Estaba muerta, ¿cómo podía ser de otra manera?

Un extraño sonido llegó de pronto a sus oídos. ¿Habían sobrevivido los perros a la catástrofe?

Se puso en pie. Cojeando, la fractura había sido mal consolidada, se acercó al otro lado de la cumbre.

Creyó que soñaba. Una mujer ascendía por la ladera. Delante de ella, un enorme perro lobo, saltaba y ladraba alegremente.

El cayado se desprendió de las manos de Marco. Tambaleándose, dio unos pasos hacia la mujer.

—¡ Elvira!

Ella le miró. Sonreía a través de las lágrimas.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo al abrazarle.

Era consolador sentir el cálido contacto del cuerpo de Elvira. Sus manos recorrieron los largos cabellos rubios de la joven, que no habían perdido aún el brillo.

—¿Me creíste muerta? —preguntó ella poco después.

—Sinceramente, sí.

—Yo también. Vi aquel cuerpo carbonizado... y el agujero en la valla y pensé que...

—Lo hice para que creyeran que el guardia que me atacó había escapado por allí.

—Y conseguiste el objetivo.

—Sí, coloqué la caja, pero me atraparon en el acto. Luego... he estado muchos años prisionero. No querían soltarme. Al fin, se me incluyó entre los términos del tratado definitivo de paz.

Ella le miró y sonrió.

—A mí me pasó algo por el estilo. Nos tuvieron incomunicados durante todo este tiempo —dijo—. Pero me he reunido contigo y me siento feliz. No importan los años pasados; sólo el futuro.

—¿Solos los dos aquí? —preguntó él.

—¿Te importaría mucho?

Marco la atrajo contra su pecho.

—No. Estando a tu lado, el lugar de residencia me es indiferente — contestó.

Elvira suspiró.

—Nos hemos reunido para siempre. Valió la pena esperar —dijo.

Callaron unos momentos. De pronto, Marco habló:

—Conozco los efectos de la caja que coloqué en él sitio ordenado, pero desconozco su mecanismo. ¿En qué consistía?

—En unos programas previamente grabados que introducirían confusión en los circuitos del cerebro electrónico. Fareni esperaba el mensaje para intentar pactar con Brithar y suspender el ataque o poner la cajita en funcionamiento desde aquí. Cuando le avisaron de que la flota brithariana se lanzaba al ataque, disparó el mecanismo que hacía funcionar la caja.

—Comprendo. Y el cerebro se volvió loco instantáneamente.

—Con una locura ideada por nosotros.

—Sí. Ganamos la guerra… Pero en ella murieron millones de personas.

—Brithar pagará durante largo tiempo. No volverán a la vida, pero su hegemonía galáctica ha concluido. Durante miles de años, las gentes recordarán a Brithar como el sistema que desencadenó una guerra por la mera ambición de sus dirigentes. Los millones de muertos les pesarán durante siglos.

Marco meneó la cabeza. ¿Podía consolar aquello a los que habían ardido con el planeta?

El viento silbó tenuemente. Perfume de flores silvestres llegó hasta la cima, traído por la brisa.

De pronto, Elvira preguntó:

—¿Cómo conseguiste llevar la cajita a Brithar? La buscaron con ahínco…

Marco se echó a reír.

—Por el medio más sencillo y el que, paradójicamente, resultó

ser el más insospechado. El correo galáctico ordinario.

Elvira se echó a reír también.

—Un magnífico ardid —comentó, apretujándose contra él.

Pasaron algunos minutos. Ambos callaban, felices de haberse encontrado de nuevo.

—Marco — dijo ella.

—Sí, cariño.

—¿Te acuerdas? Aquí, en este sitio, nos vimos por primera vez.

—El roble estaba vivo. Sus ramas estaban cubiertas de hojas y daba sombra.

—Crecerán más robles, crecerán más árboles… también crecerán nuestros hijos —profetizó ella—. Esta es la encrucijada donde nos encontramos por primera vez y de la cual volvemos a partir, ahora con un rumbo definido.

—Y con la seguridad de no separamos más — concluyó él.

